



Puedes distribuir este libro a cuantas personas desees y por los medios que tú desees. Puedes imprimirlo o regalarlo como un producto gratis o bonus en tu sitio.

No tienes permiso para vender este libro. Tampoco puedes alterar el contenido del mismo.

Todo el contenido de este libro como texto, gráficos, logos, botones, íconos e imágenes son propiedad de DevocionTotal.com y está protegido por leyes internacionales de copyright. La compilación (la colección, arreglo y armado) de todo el contenido de este libro es de exclusiva propiedad de DevocionTotal.com.

Tabla de Contenidos

[Reunión de Navidad](#)
[Por qué Jesús es mejor que Santa Claus](#)
[En el silencio de la noche](#)
[El Nacimiento de Jesús](#)
[El gigante egoísta](#)
[El mejor regalo de Navidad](#)
[El Villancico](#)
[Romance del Nacimiento](#)
[Un ángel en navidad...](#)
[Cuento de Navidad: Artabán](#)
[Visita de Jesús](#)
[Las velas de Navidad](#)
[Relato de Navidad](#)
[Cuento Navideño](#)
[Un regalo de raviolos](#)
[El porqué de la Navidad](#)
[Navidad en el Asilo](#)
[Zapatillas Doradas](#)
[Poema de Navidad](#)
[La Navidad de un perrito abandonado](#)
[¿Qué regalarías para esta Navidad?](#)
[Frasquito y sueño de Navidad](#)
[Noche de Diciembre](#)
[El Último Sueño de un Viejo Roble](#)
[Un pequeño y su madre](#)

Reunión de Navidad

El nuevo Sacerdote, recién asignado a su primer ministerio para reabrir una iglesia en los suburbios de Brooklyn, New York, llegó a comienzo de octubre entusiasmado con sus primeras oportunidades.

Cuando vio la iglesia se encontró con que estaba en pésimas condiciones y requería de mucho trabajo de reparación. Se fijó la meta de tener todo listo a tiempo para officiar su primer servicio en la Nochebuena.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Trabajó arduamente, reparando los bancos, empanetando las paredes, pintando, etc., y para el 18 de diciembre ya habían casi concluido con los trabajos, adelantándose a la meta trazada

El 19 de diciembre cayó una terrible tempestad que azotó el área por dos días completos.

El día 21 el sacerdote fue a ver la iglesia. Su corazón se contrajo cuando vio que el agua se había filtrado a través del techo, causando que una área considerable del panote, de unos 20 pies por 8 pies cayó de la pared frontal del santuario, exactamente detrás del pulpito, dejando un hueco que empezaba como a la altura de la cabeza.

El sacerdote limpió el desastre en el piso, y no sabiendo que más hacer sino posponer el servicio de Nochebuena, salió para su casa. En el camino notó que una tienda local estaba llevando a cabo una venta del tipo "mercado de pulgas", con fines caritativos, y decidió entrar.

Uno de los artículos era un hermoso mantel hecho a mano, color hueso, con un trabajo exquisito de aplicaciones, bellos colores y una cruz bordada en el centro.

Era justamente el tamaño adecuado para cubrir el hueco en la pared frontal.

Lo compró y volvió atrás camino a la iglesia. Ya para ese entonces había comenzado a nevar.

Una mujer mayor iba corriendo desde la dirección opuesta tratando de alcanzar el autobús, pero finalmente lo perdió. El sacerdote la invitó a esperar en la iglesia donde había calefacción, por el próximo autobús que tardaría 45 minutos más en llegar.

La señora se sentó en el banco sin prestar atención al pastor mientras, este buscaba una escalera, ganchos, etc., para colocar el mantel como tapiz en la pared. El sacerdote apenas podía creer lo hermoso que lucía y como cubría todo el área de problema.

Entonces el miró a la mujer que venía caminando hacia abajo, desde el pasillo del centro.

Su cara estaba blanca como una hoja de papel. "Padre, ¿Dónde consiguió Ud. ese mantel?" El padre le explicó.

La mujer le pidió revisar la esquina inferior derecha para ver si las iniciales EGB aparecían bordadas allí.

Si, estaban.. Estas eran las iniciales de la mujer y ella había hecho ese mantel 35 años atrás en Austria.

La mujer apenas podía creerlo cuando el pastor le contó como acababa de obtener el mantel. La mujer le explicó que antes de la guerra ella y su esposo tenían una posición económica holgada en Austria. Cuando los Nazis llegaron, la forzaron a irse. Su esposo debía seguirla la semana siguiente.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Ella fue capturada, enviada a prisión y nunca volvió a ver a su esposo ni su casa. El pastor la llevó en el carro hasta su casa y ofreció regalarle el mantel, pero ella lo rechazó diciéndole que era lo menos que podía hacer. Se sentía muy agradecida pues vivía al otro lado de Staten Island y solamente estaba en Brooklyn por el día para un trabajo de limpieza de casa.

Que maravilloso fue el servicio de la Nochebuena! La iglesia estaba casi llena. La música y el espíritu que reinaban eran increíbles. Al final del servicio, el sacerdote despidió a todos en la puerta y muchos expresaron que volverían. Un hombre mayor, que el pastor reconoció del vecindario, seguía sentado en uno de los bancos mirando hacia el frente, y el padre se preguntaba porque no se iba. El hombre le preguntó donde había obtenido ese mantel que estaba en la pared del frente, porque era idéntico al que su esposa había hecho años atrás en Austria antes de la guerra y como podían haber dos manteles tan idénticos?

El le relató al padre como llegaron los Nazis y como el forzó a su esposa a irse, para la seguridad de ella, y como el estaba supuesto a seguirla, pero había sido arrestado y enviado a prisión. Nunca volvió a ver a su esposa ni su hogar en todos aquellos 35 años. El pastor le preguntó si le permitiría llevarlo con el a dar una vuelta.

Se dirigieron en el carro hacia Staten Island, hasta la misma casa donde el padre había llevado la mujer tres días atrás. El ayudó al hombre a subir los tres pisos de escalera que conducían al apartamento de la mujer, tocó en la puerta y presencié la más bella reunión de Navidad que pudo haber imaginado. Una historia real - ofrecida por el Padre Rob Reid. Quien dice que Dios trabaja en forma misteriosa.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Por qué Jesús es mejor que Santa Claus

Santa vive en el Polo Norte...
Jesus está en todas partes.

Santa se pasea en trineo...
Jesús se pasea por el viento y camina sobre las aguas.

Santa viene una vez al año...
Jesús es una ayuda siempre presente.

Santa llena tus calcetines con regalitos...

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Jesús suple todas tus necesidades.

Santa baja por tu chimenea sin invitación...

Jesús se detiene en tu puerta y toca, después entra a tu corazón cuando tu lo invitas.

Para ver a santa tienes que hacer fila...

Jesús está tan cerca como el hecho de mencionar su nombre.

Santa te deja sentarte en sus piernas...

Jesús te deja descansar en sus brazos.

Santa no sabe tu nombre, todo lo que puede decir es "Hola pequeño, como te llamas?" ...

Jesús sabe tu nombre desde antes de que nacieras. No sólo sabe tu nombre, también sabe tu dirección. El sabe tu historia y tu futuro.

Santa tiene una barriga que parece llena de mermelada...

Jesús tiene un corazón lleno de amor.

Todo lo que Santa puede ofrecer es HO HO HO...

Jesús ofrece salud, ayuda, esperanza.

Santa dice "No llores" "You better not cry" ...

Jesús dice "Descansen sus preocupaciones en mi, que yo cuidaré de ustedes."

Los pequeños ayudantes de Santa hacen juguetes...

Jesús hace nueva vida, repara corazones lastimados y arregla hogares rotos.

Santa puede hacerte sonreír...

Jesús te da la alegría que es tu fuerza.

Santa deja regalos debajo de tu árbol...

Jesús fue nuestro regalo en el pesebre y murió en un árbol.

Es obvio que no puede haber una comparación real. Necesitamos recordar a quién verdaderamente le da sentido la Navidad. La navidad hoy en día se disfruta desde el mes de noviembre y se incrementan las fiestas, aunque yo estoy de fiesta todo el año porque tengo a Jesús en mi corazón.

La frase que dice: "La navidad es tiempo de dar y compartir", no se refiere a los regalos de Santa, sino más bien a la entrega que hizo Jesús para salvarnos y mostrarnos el camino a seguir...recuerda que más vale un buen gesto de afecto que miles de regalos...

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

En el silencio de la noche

En el silencio de la noche, entre dolores de parto, se oye un llanto, leve al principio, vigoroso después. El llanto de un recién nacido, vulnerable. Una madre, joven, comienza a respirar de forma más sofocada. Un padre, inexperto, hace lo que puede por limpiar tanto al uno como a la otra. Por toda compañía, dice la tradición, una mula y un buey.

No interrumpen su rumia. En el silencio de la posada, algunos cambian de lado entre sueños. Qué habrá sido eso. Y siguen durmiendo ajenos a lo que sucede a unos metros de sus camas. Y, sin embargo, acaba de cambiar el curso de la Humanidad. Dios vuelve a hablar a su manera, desde el suave susurro de la brisa, desde la triste indiferencia de la noche.

Llega la hora del sueño para los pastores. Perra vida. Despojos de la sociedad judía. Los sucios a los que nadie quiere por compañía. Uñas negras, dientes sueltos. Desechos que viven entre ovejas. Qué paradoja: los elegidos, a ojos de Dios, para dar a conocer al hombre su verdadero rostro, criatura a su imagen y semejanza, por medio del niño.

Los primeros. De nuevo, el Misterio. “Ha nacido el Salvador, el Mesías, el Señor”, atrona una voz celestial. A duras penas entienden el mensaje. Se repite tres y hasta cuatro veces.

Dudas, miradas cruzadas, estupefacción. Y respuesta. Porque Dios no habla al oído, dispara directo al corazón, deseando que acoja su mensaje. Un requisito, sencillez, capacidad de escucha. Quien nada pierde, todo lo gana. Allá que se ponen en camino. Sin entender, confiados. Como un eco del primigenio fiat, de María, nueve meses antes.

Nunca obra tan importante contara con peor reparto. Un niño desvalido, una madre dolorida, un padre preocupado, hace frío, y un puñado de pastores imantados por una realidad que les supera. Un ángel pone la nota de glamour mientras que, de fondo, se oyen los balidos de las ovejas, probablemente el animal más idiota que hay sobre la tierra. Y, sin embargo, vio Dios que era bueno.

De lejos se oyen pisadas. Contra la luna tres siluetas recortadas. Camellos. Mejora el atrezzo. Llegan de donde nace el Sol. Son los Reyes de Oriente. Abiertos a la acción de Dios, buscaban una señal. Y la encontraron. Como los pastores, no dudaron en ponerse en camino en ese mismo momento. No hay nada más importante que encontrarse con el propio destino, que encontrarse con Dios hecho hombre. Nada. Bonita lección. Primero, pasan de largo. Hay bullicio ahí abajo. Qué harán esos pastores en aquel corralucho.

Sigamos. Pero la señal no se mueve. Y la curiosidad les puede. Se acercan sigilosos. Una mirada, una constatación. El cansancio del camino ha desaparecido, la inquietud de sus almas duerme y la claridad de la presencia divina se impone. Se postran delante del

pesebre, incapaces de levantar la mirada. Siendo reyes se encuentran con el Rey; buscando el Poder, descubren un poder que cambiaría el mundo. Hermanados con los pastores en la adoración del niño, ya nada volvería a ser lo mismo.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

El Nacimiento de Jesús

Dios envió al ángel Gabriel a Nazaret, pueblo de Galilea, a visitar a una joven virgen comprometida para casarse con un hombre que se llamaba José, descendiente de David. La virgen se llamaba María. El ángel se acercó a ella y le dijo:

— ¡Te saludo, tú que has recibido el favor de Dios! El Señor está contigo.

Ante estas palabras, María se perturbó, y se preguntaba qué podría significar este saludo.

— No tengas miedo, María; Dios te ha concedido su favor —le dijo el ángel—.

Quedarás embarazada y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será un gran hombre, y lo llamarán Hijo del Altísimo. Dios el Señor le dará el trono de su padre David, y reinará sobre el pueblo de Jacob para siempre. Su reinado no tendrá fin.

— ¿Cómo podrá suceder esto —le preguntó María al ángel—, puesto que soy virgen?

— El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Así que al santo niño que va a nacer lo llamarán Hijo de Dios. También tu parienta Elisabet va a tener un hijo en su vejez; de hecho, la que decían que era estéril ya está en el sexto mes de embarazo. Porque para Dios no hay nada imposible.

—Aquí tienes a la sierva del Señor —contestó María—. Que él haga conmigo como me has dicho.

María, estaba comprometida para casarse con José, pero antes de unirse a él, resultó que estaba encinta por obra del Espíritu Santo. Como José, su esposo, era un hombre justo y no quería exponerla a vergüenza pública, resolvió divorciarse de ella en secreto.

Pero cuando él estaba considerando hacerlo, se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.»

Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta: «La virgen concebirá y dará a luz un hijo, y lo llamarán Emanuel» (que significa «Dios con nosotros»).

Cuando José se despertó, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado y recibió a María por esposa.

Por aquellos días Augusto César decretó que se levantara un censo en todo el imperio romano. Así que iban todos a inscribirse, cada cual a su propio pueblo. También José,

que era descendiente del rey David, subió de Nazaret, ciudad de Galilea, a Judea. Fue a Belén, la ciudad de David, para inscribirse junto con María su esposa. Ella se encontraba embarazada y, mientras estaban allí, se le cumplió el tiempo. Así que dio a luz a su hijo primogénito. Lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada.

En esa misma región había unos pastores que pasaban la noche en el campo, turnándose para cuidar sus rebaños. Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor. Esto les servirá de señal: Encontrarán a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.»

De repente apareció una multitud de ángeles del cielo, que alababan a Dios y decían: «Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad.»

Cuando los ángeles se fueron al cielo, los pastores se dijeron unos a otros: «Vamos a Belén, a ver esto que ha pasado y que el Señor nos ha dado a conocer.» Así que fueron de prisa y encontraron a María y a José, y al niño que estaba acostado en el pesebre. Cuando vieron al niño, contaron lo que les habían dicho acerca de él, y cuantos lo oyeron se asombraron de lo que los pastores decían. María, por su parte, guardaba todas estas cosas en su corazón y meditaba acerca de ellas. Los pastores regresaron glorificando y alabando a Dios por lo que habían visto y oído, pues todo sucedió tal como se les había dicho.

Después de que Jesús nació en Belén de Judea en tiempos del rey Herodes, llegaron a Jerusalén unos sabios[a] procedentes del Oriente.

— ¿Dónde está el que ha nacido rey de los judíos? —preguntaron—. Vimos levantarse su estrella y hemos venido a adorarlo.

Cuando lo oyó el rey Herodes, se turbó, y toda Jerusalén con él. Así que convocó de entre el pueblo a todos los jefes de los sacerdotes y maestros de la ley, y les preguntó dónde había de nacer el Cristo.

— En Belén de Judea —le respondieron—, porque esto es lo que ha escrito el profeta:
»"Pero tú, Belén, en la tierra de Judá,
de ninguna manera eres la menor entre los principales de Judá;
porque de ti saldrá un príncipe
que será el pastor de mi pueblo Israel."

Luego Herodes llamó en secreto a los sabios y se enteró por ellos del tiempo exacto en que había aparecido la estrella. Los envió a Belén y les dijo:

— Vayan e infórmense bien de ese niño y, tan pronto como lo encuentren, avísenme para que yo también vaya y lo adore.

Después de oír al rey, siguieron su camino, y sucedió que la estrella que habían visto levantarse iba delante de ellos hasta que se detuvo sobre el lugar donde estaba el niño. Al ver la estrella, se llenaron de alegría. Cuando llegaron a la casa, vieron al niño con María, su madre; y postrándose lo adoraron. Abrieron sus cofres y le presentaron como regalos oro, incienso y mirra. Entonces, advertidos en sueños de que no volvieran a Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Esta es la historia bíblica de cómo nació Jesús.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

El gigante egoísta

Por Oscar Wilde

Todas las tardes, a la salida de la escuela, los niños se habían acostumbrado a ir a jugar al jardín del gigante. Era un jardín grande y hermoso, cubierto de verde y suave césped. Dispersas sobre la hierba brillaban bellas flores como estrellas, y había una docena de melocotones que, en primavera, se cubrían de delicados capullos rosados, y en otoño daban sabroso fruto.

Los pájaros se posaban en los árboles y cantaban tan deliciosamente que los niños interrumpían sus juegos para escucharlos.

-¡Qué felices somos aquí!- se gritaban unos a otros.

Un día el gigante regresó. Había ido a visitar a su amigo, el ogro de Cornualles, y permaneció con él durante siete años. Transcurridos los siete años, había dicho todo lo que tenía que decir, pues su conversación era limitada, y decidió volver a su castillo. Al llegar vio a los niños jugando en el jardín.

-¿Qué estáis haciendo aquí?- les gritó con voz agria. Y los niños salieron corriendo.

-Mi jardín es mi jardín- dijo el gigante. -Ya es hora de que lo entendáis, y no voy a permitir que nadie mas que yo juegue en él.

Entonces construyó un alto muro alrededor y puso este cartel:

"Prohibida la entrada.

*Los transgresores serán
procesados judicialmente".*

Era un gigante muy egoísta! Los pobres niños no tenían ahora donde jugar.

Trataron de hacerlo en la carretera, pero la carretera estaba llena de polvo y agudas piedras, y no les gustó.

Se acostumbraron a vagar, una vez terminadas sus lecciones, alrededor del alto muro, para hablar del hermoso jardín que había al otro lado.

-¡Que felices éramos allí!- se decían unos a otros.

Entonces llegó la primavera y todo el país se llenó de capullos y pajaritos. Solo en el jardín del gigante egoísta continuaba el invierno.

Los pájaros no se preocupaban de cantar en él desde que no había niños, y los árboles se olvidaban de florecer. Solo una bonita flor levantó su cabeza entre el césped, pero cuando vio el cartel se entristeció tanto, pensando en los niños, que se dejó caer otra vez en tierra y se echó a dormir.

Los únicos complacidos eran la Nieve y el Hielo.

-La primavera se ha olvidado de este jardín- gritaban. -Podremos vivir aquí durante todo el año.

La Nieve cubrió todo el césped con su manto blanco y el Hielo pintó de plata todos los árboles. Entonces invitaron al viento del Norte a pasar una temporada con ellos, y el Viento aceptó.

Llegó envuelto en pieles y aullaba todo el día por el jardín, derribando los capuchones de la chimeneas.

-Este es un sitio delicioso- decía. -Tendremos que invitar al Granizo a visitarnos.

Y llegó el Granizo. Cada día durante tres horas tocaba el tambor sobre el tejado del castillo, hasta que rompió la mayoría de las pizarras, y entonces se puso a dar vueltas alrededor del jardín corriendo lo más veloz que pudo. Vestía de gris y su aliento era como el hielo.

-No puedo comprender como la primavera tarda tanto en llegar- decía el gigante egoísta, al asomarse a la ventana y ver su jardín blanco y frío. -¡Espero que este tiempo cambie! Pero la primavera no llegó, y el verano tampoco. El otoño dio dorados frutos a todos los jardines, pero al jardín del gigante no le dio ninguno.

-Es demasiado egoísta- se dijo.

Así pues, siempre era invierno en casa del gigante, y el Viento del Norte, el Hielo, el Granizo y la Nieve danzaban entre los árboles.

Una mañana el gigante yacía despierto en su cama, cuando oyó una música deliciosa. Sonaba tan dulcemente en sus oídos que creyó sería el rey de los músicos que pasaba por allí. En realidad solo era un jilguerillo que cantaba ante su ventana, pero hacía tanto tiempo que no oía cantar un pájaro en su jardín, que le pareció la música más bella del mundo. Entonces el Granizo dejó de bailar sobre su cabeza, el Viento del Norte dejó de rugir, y un delicado perfume llegó hasta él, a través de la ventana abierta.

-Creo que, por fin, ha llegado la primavera- dijo el gigante; y saltando de la cama miró el exterior. ¿Qué es lo que vio?

Vio un espectáculo maravilloso. Por una brecha abierta en el muro los niños habían penetrado en el jardín, habían subido a los árboles y estaban sentados en sus ramas. En todos los árboles que estaban al alcance de su vista, había un niño. Y los árboles se

sentían tan dichosos de volver a tener consigo a los niños, que se habían cubierto de capullos y agitaban suavemente sus brazos sobre las cabezas de los pequeños.

Los pájaros revoloteaban y parloteaban con deleite, y las flores reían irguiendo sus cabezas sobre el césped. Era una escena encantadora. Sólo en un rincón continuaba siendo invierno. Era el rincón más apartado del jardín, y allí se encontraba un niño muy pequeño. Tan pequeño era, no podía alcanzar las ramas del árbol, y daba vueltas a su alrededor llorando amargamente. El pobre árbol seguía aún cubierto de hielo y nieve, y el Viento del Norte soplaba y rugía en torno a él.

-¡Sube, pequeño!- decía el árbol, y le tendía sus ramas tan bajo como podía; pero el niño era demasiado pequeño. El corazón del gigante se enterneció al contemplar ese espectáculo.

-¡Qué egoísta he sido- se dijo. -Ahora comprendo por qué la primavera no ha venido hasta aquí. Voy a colocar al pobre pequeño sobre la copa del árbol, derribaré el muro y mi jardín será el parque de recreo de los niños para siempre.

Estaba verdaderamente apenado por lo que había hecho. Se precipitó escaleras abajo, abrió la puerta principal con toda suavidad y salió al jardín. Pero los niños quedaron tan asustados cuando lo vieron, que huyeron corriendo, y en el jardín volvió a ser invierno.

Sólo el niño pequeño no corrió, pues sus ojos estaban tan llenos de lágrimas, que no vio acercarse al gigante. Y el gigante se deslizó por su espalda, lo cogió cariñosamente en su mano y lo colocó sobre el árbol. El árbol floreció inmediatamente, los pájaros fueron a cantar en él, y el niño extendió sus bracitos, rodeó con ellos el cuello del gigante y le besó.

Cuando los otros niños vieron que el gigante ya no era malo, volvieron corriendo y la primavera volvió con ellos.

-Desde ahora, este es vuestro jardín, queridos niños- dijo el gigante, y cogiendo una gran hacha derribó el muro. Y cuando al mediodía pasó la gente, yendo al mercado, encontraron al gigante jugando con los niños en el más hermoso de los jardines que jamás habían visto.

Durante todo el día estuvieron jugando y al atardecer fueron a despedirse del gigante.

-Pero, ¿dónde está vuestro pequeño compañero, el niño que subí al árbol?- preguntó. El gigante era a este al que más quería, porque lo había besado.

-No sabemos contestaron los niños- se ha marchado.

-Debéis decirle que venga mañana sin falta- dijo el gigante.

Pero los niños dijeron que no sabían donde vivía y nunca antes lo habían visto. El gigante se quedó muy triste.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Todas las tardes, cuando terminaba la escuela, los niños iban y jugaban con el gigante. Pero al niño pequeño, que tanto quería el gigante, no se le volvió a ver. El gigante era muy bondadoso con todos los niños pero echaba de menos a su primer amiguito y a menudo hablaba de él.

-¡Cuánto me gustaría verlo!- solía decir.

Los años transcurrieron y el gigante envejeció mucho y cada vez estaba más débil. Ya no podía tomar parte en los juegos; sentado en un gran sillón veía jugar a los niños y admiraba su jardín.

-Tengo muchas flores hermosas- decía, pero los niños son las flores más bellas.

Una mañana invernal miró por la ventana, mientras se estaba vistiendo. Ya no detestaba el invierno, pues sabía que no es sino la primavera adormecida y el reposo de las flores.

De pronto se frotó los ojos atónitos y miró y remiró. Verdaderamente era una visión maravillosa. En el más alejado rincón del jardín había un árbol completamente cubierto de hermosos capullos blancos. Sus ramas eran doradas, frutos de plata colgaban de ellas y debajo, de pie, estaba el pequeño al que tanto quiso.

El gigante corrió escaleras abajo con gran alegría y salió al jardín. Corrió precipitadamente por el césped y llegó cerca del niño. Cuando estuvo junto a él, su cara enrojeció de cólera y exclamó:

- ¿Quién se atrevió a herirte?- Pues en las palmas de sus manos se veían las señales de dos clavos, y las mismas señales se veían en los piecitos.

-¿Quién se ha atrevido a herirte?- gritó el gigante. -Dímelo para que pueda coger mi espada y matarle.

-No- replicó el niño, pues estas son las heridas del amor.

-¿Quién eres?- dijo el gigante; y un extraño temor lo invadió, haciéndole caer de rodillas ante el pequeño.

Y el niño sonrió al gigante y le dijo:

-Una vez me dejaste jugar en tu jardín, hoy vendrás conmigo a mi jardín, que es el Paraíso.

Y cuando llegaron los niños aquella tarde, encontraron al gigante tendido, muerto, bajo el árbol, todo cubierto de capullos blancos.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

El mejor regalo de Navidad

Historias y Reflexiones para esta Navidad

En 1994, dos americanos respondieron a una invitación del Departamento de Educación Rusa, para enseñar moral y ética (basado en principios bíblicos) en las escuelas públicas. Fueron invitados a enseñar en prisiones, negocios, departamentos de bombero y policía, y en un inmenso orfanato. Alrededor de 100 niños y niñas que habían sido abandonados, abusados, y dejados en cargo de un programa del gobierno, estaban en este orfanato. Ellos relatan esta historia en sus propias palabras.

Se acercaban los días de fiestas Navideñas, 1994, tiempo para que nuestros huérfanos escucharan por primera vez, la historia tradicional de Navidad. Les contamos como María y José llegaron a Belén. No encontraron albergue en la posada y la pareja se fue a un establo, donde nació el niño Jesús y fue puesto en un pesebre.

Durante el relato de la historia, los niños y los trabajadores del orfanato estaban asombrados mientras escuchaban. Algunos estaban sentados al borde de sus taburetes, tratando de captar cada palabra. Terminando la historia, le dimos a los niños tres pequeños pedazos de cartulina para que construyeran un pesebre. A cada niño le dimos un pedazo de papel cuadrado cortados de unas servilletas amarillas, que yo había traído conmigo pues no habían servilletas de colores en la ciudad.

Siguiendo las instrucciones, los niños rasgaron el papel y colocaron las tiras con mucho cuidado en el pesebre. Pequeños pedazos de cuadros de franela, cortados de un viejo camión de dormir que había desechado una señora Americana al irse de Rusia, fue usado para la frazada del bebé. Un bebé tipo muñeca fue cortado de una felpa color canela que habíamos traído de los Estados Unidos.

Los huérfanos estaban ocupados montando sus pesebres, mientras yo caminaba entre ellos para ver si necesitaban ayuda. Parecía ir todo bien hasta que llegue a una de las mesas donde estaba sentado el pequeño Misha. Lucía tener alrededor de 6 años y ya había terminado su proyecto. Cuando miré en el pesebre de este pequeño, me sorprendió ver no uno, pero dos bebés en el pesebre. Enseguida llame al traductor para que le preguntara al chico porque había dos bebés en el pesebre. Cruzando sus brazos y mirando a su pesebre ya terminado, empezó a repetir la historia muy seriamente.

Para ser un niño tan pequeño que solo había escuchado la historia de Navidad una vez, contó el relato con exactitud... hasta llegar a la parte donde María coloca el bebé en el pesebre. Entonces Misha empezó a agregar. Inventó su propio fin de la historia diciendo, "y cuando María colocó al bebé en el pesebre, Jesús me miró y me preguntó si yo tenía un lugar donde ir. Yo le dije, "no tengo mamá y no tengo papá, así que no tengo donde quedarme. Entonces Jesús me dijo que me podía quedar con El. Pero le dije que no podía porque no tenía regalo para darle como habían hecho los demás. Pero tenía tantos deseos de quedarme con Jesús, que pensé que podría darle de regalo. Pensé que si lo pudiera mantener caliente, eso fuera un buen regalo.

Le pregunté a Jesús, " Si te mantengo caliente, sería eso un buen regalo?"

Y Jesús me dijo, "Si me mantienes caliente, ese sería el mejor regalo que me hayan dado".

Así que me metí en el pesebre, y entonces Jesús me miró y me dijo que me podría quedar con Él... para siempre."

Mientras el pequeño Misha termina su historia, sus ojos se desbordaban de lágrimas que les salpicaban por sus cachetes. Poniendo su mano sobre su cara bajó su cabeza hacia la mesa y sus hombros se estremecían mientras sollozaba y sollozaba.

El pequeño huérfano había encontrado alguien quien nunca lo abandonaría o lo abusara, alguien quien se mantendría con el... para siempre.

Gracias a Misha he aprendido que lo que cuenta, no es lo que uno tiene en su vida, si no, a quién uno tiene en su vida. No creo que lo ocurrido a Misha fuese imaginación. Creo que Jesús de verdad le invitó a estar junto a Él para siempre. Jesús hace esa invitación a todos, pero para escucharla hay que tener corazón de niño.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

El Villancico

- Javito, te tengo una sorpresa. El chiquito miró al sacerdote con su habitual cortedad.
- ¿Una sorpresa, padre Rolo? - articuló apenas.
- Vas a cantar el solo de Noche de Paz en el recital de Nochebuena.
- ¿El solo, padre...? - exclamó alarmado el pequeño.
- Sí, porque tienes una hermosa voz y a Jesús le va a gustar que cantes en su honor.
- Pero padre... - suplicó Javito mirando el piso.
- Nada de peros, yo confío en vos y no me puedes fallar. Vamos a empezar a ensayar hoy mismo, enseguida después de comer. Por ahora vos y yo solos, más adelante vamos a hacerlo con el coro. ¿Te espero?

- Tá bien... - contestó Javito resignado.
- No me digas que no estás contento.
- Y... padre, me da un poco de miedo...
- No te me achiques, ¿eh?, es hora de que comiences a cantar como solista. En la Nochebuena los vas a emocionar a todos.

Javito tenía ocho años, pero parecía de seis por lo menudito y frágil. Morochito de enormes ojos negros y mirada infinitamente triste, era el más pequeño de ocho hermanos que vivían en una casilla de dos habitaciones en el sector más pobre del barrio. Su madre trabajaba de la mañana a la noche atendiendo como doméstica a varias familias del barrio

más exclusivo de la ciudad, a veces hasta los sábados y domingos, por lo cual la pobre mujer no estaba casi nunca en casa.

El padre, un desocupado de la construcción con inclinaciones alcohólicas, los había abandonado hacía más de un año, luego de una feroz pelea con su mujer por la causa de siempre: la falta de dinero. Javito era el único de la familia que lo extrañaba. Es que a pesar del horrible recuerdo de sus borracheras y otros lamentables defectos, cuando el hombre tuvo trabajo y supo mantenerse alejado de la bebida había sido cariñoso con él.

Recordaba aquel 9 de julio en que su papá lo llevó al desfile y lo subió sobre sus hombros para que pudiera ver mejor a los soldados. ¡Qué feliz se había sentido en ese momento! Nunca había olvidado ese regalo (quizás el único) recibido de su padre. Aún lo esperaba todas las noches, atento al menor sonido de pasos, hasta que se dormía en la camita que compartía con uno de sus hermanos.

La madre, más por ignorancia e impotencia que por desamor, había ido dejando en el abandono a esos pobres chicos, quienes por orden de edad y obedeciendo a esas extrañas jerarquías que se establecen espontáneamente en las familias marginales, se cuidaban como podían unos a otros. Los mayores ya habían tenido problemas con la policía. Una de las nenas, Magda, había sido abusada a los once años por un vecino y desde entonces padecía un estado de ensimismamiento patológico del cual trataba de rehabilitarla el padre Rolo con la ayuda de una psicóloga del Obispado.

En ocasiones alguno de los ocho hermanos no volvía por varios días a la casilla, y la madre ni se enteraba, y si se enteraba no se atrevía a preguntarle dónde había estado.

Javito tuvo la suerte de quedar bajo la protección del padre Rolo, quien además de alimentarlo y cuidarle la salud, trataba de educarlo como mejor podía. El padre Rolo había regresado de Bolivia para hacerse cargo de esa pequeña capilla y su paupérrima comunidad. Desde hacía ya dos años alimentaba y educaba a unos treinta chicos de los alrededores. Músico de alma, el cura consiguió en donación un pequeño órgano electrónico y formó un coro con los chicos del lugar, seleccionados por su buen oído musical.

Al comienzo el padre Rolo no se había dado cuenta de las cualidades vocales de Javito. Tímido, retraído, vergonzoso en extremo, como suelen serlo los hijos de la miseria a quienes les ha faltado el amor y el buen trato en sus primeros años de vida, Javito cantaba a media voz, como escondiéndose en la masa vocal del conjunto. Pero un día el pequeño sin quererlo se había destapado. Ensayaban el Ave María de Schubert y Javito se sintió de pronto tan arrebatadamente transportado por la belleza de esa melodía, que el caudal de su voz desbordó los diques de su apocamiento y comenzó a elevarse poco a poco por sobre el coro hasta que sobresalió con una potencia y calidez sobrecogedora.

El padre Rolo quedó asombrado y admirado: Javito se revelaba poseedor de una voz y una sensibilidad sublimes, su cadencia parecía el sonido de un violín virtuosamente ejecutado, un verdadero regalo de Dios a esa pobre criatura tan carente de todo.

Primero ensayaron solos. Después lo hicieron con el coro. Javito se fue entusiasmando y su timbre de soprano alcanzó gradualmente mayor sonoridad y firmeza. A medida que se acercaba la Nochebuena los Villancicos iban saliendo cada vez mejor. Pero ¡ah! Noche de Paz, que iba a ser la coronación del recital y que cantaba íntegramente Javito con el acompañamiento del coro, era un torrente de armonía que se elevaba de la tierra al cielo como un himno al nacimiento del Salvador: "Noche de Paz, Noche de amor / Ha nacido el niño Dios / en un humilde portal de Belén / Sueña un futuro de amor y de fe / Viene a traernos la paz / Viene a traernos la paz".

Al finalizar cada ensayo el padre Rolo se levantaba del órgano y lo abrazaba y los chicos del coro aplaudían, demostraciones de aprobación que hacían sonreír a Javito. Un día, en un gesto insospechado, Javito le comunicó la noticia a su madre y le pidió que fuera a escucharlo en Nochebuena. - ¿Y desde cuándo cantas vos? - le preguntó la madre sin prestarle demasiada atención, pues estaba atareada sacándole las liendres a una de sus hijas.

- ¿No sabes que estoy en el coro?
- Sí, ya sé, pero de ahí a cantar solo... La hermana terció con tono despreciativo y burlón:
- Pero mamá, qué va a cantar ¿Vos le haces caso a éste?
- El padre Rolo dice que canto bien...
- Bueno, bueno, ahora déjame que estoy muy ocupada - rezongó la madre.
- ¿Pero vas a venir al recital?
- ¿Cuándo, el 24?
- Sí, a las nueve de la noche...
- Ni loca - dijo la mujer mientras tironeaba con el peine de acero el pelo de la hija que se quejaba dolorida - ; ¡No chilles, Mary, aguántatela! Mira, acá te saqué dos liendres, ¡qué porquería! No nene, no me pidas que vaya el 24 porque tengo que estar en la casa de los Antúnez para preparar y servir la cena de Nochebuena.

Al día siguiente el padre Rolo notó a Javito reservado y triste. Lo llevó aparte, lo convidó con una gaseosa y le preguntó qué le sucedía. Tras muchos rodeos y negativas, Javito terminó por sincerarse:

- Es que mi mamá no puede venir al recital porque tiene que trabajar.
- ¿Ah, sí? Qué macana ¿no...?
- ¿Sabe, padre? Yo había pensado que sería lindo que vinieran a escucharme mi mamá y mi papá, y también mis hermanos. Pero mamá no puede... y papá... qué se yo por dónde anda. Porque si él se enterara, seguro que vendría. El chiquito quedó callado mirando el piso. Sus ojos se habían puesto brillantes y se notaba que estaba conteniendo el llanto.
- Mirá, Javito... - titubeó el sacerdote con intención de consolarlo - , Jesús debe de estar muy contento porque vos le vas a cantar el villancico en la noche de su Nacimiento. Eso es lo más importante. Si tus padres no pueden venir... paciencia. Tu mamá, pobre, tiene que trabajar...

- Sí, pero ¿y papá? Hace mucho que no lo veo, desde antes de la Navidad pasada.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

- Bueno, pero si tuviéramos alguna forma de avisarle...
- Yo no sé dónde está. En casa nadie habla de él y yo no me animo a preguntar.
- Mira Javito, tienes que confiar en Dios. No te pongas triste. A tu mamá tienes que comprenderla. En cuanto a tu papá... no sé, tal vez no esté en la ciudad...
- Yo tenía pensado... - dijo Javito bajando la mirada
- ¿Qué, Javito?
- ¿Si le pido a Dios un milagro de Nochebuena?
- Ajá... - dijo el sacerdote confundido - ¿y qué le querrías pedir?

-Que el 24 estén en la capilla papá y mamá. ¿Está bien eso, padre? El padre Rolo se sintió conmovido por la fe y la humildad de ese pobre chico que consideraba como un milagro el hecho, tan común y tan normal para muchos otros chicos, de que su familia estuviera reunida junto a él en una Nochebuena. Le dijo que sí, que rezara todas las noches, que Jesús seguramente lo iba a escuchar. El sacerdote se quedó todo el día pensativo y preocupado. Esa noche se le fue el sueño. Finalmente se dijo: "Bueno, hombre de poca fe, ¿por qué en vez de dudar y de lamentar por anticipado la desilusión de Javito no ayudas a Dios para que ese milagro se realice?".

Cuando faltaban cinco días para la Nochebuena el padre Rolo se llegó hasta la casa de Javito y trató de convencer a su madre de que el 24 fuera a escuchar a su hijo. Le contó lo bien que cantaba Javito y trató de hacerle entender lo importante que sería para el niño contar con el apoyo de su familia. La pobre mujer escuchó con respeto al cura y hasta sonrió con cierto aire de orgullo cuando éste le describió la calidad de la voz del pequeño y le señaló las posibilidades que tenía de dedicarse al canto cuando fuera mayor, siempre, claro, que estudiara y recibiera los estímulos indispensables. Sin embargo la señora le aseguró que era imposible dejar esa noche el trabajo.

Cuando el padre Rolo le preguntó por el paradero del marido, la mujer se puso muy tensa y le respondió enojada que no sabía nada de ese sinvergüenza y que no quería ni enterarse de por dónde andaba. Pero como el padre Rolo insistió y a ella le pareció incorrecto mentirle a un cura, terminó por confiarle ruborizada que su marido estaba preso, purgando una condena por robo, y que ella había preferido no decirle nada a sus hijos.

Llegó el 24. Javito, animoso y muy activo, estuvo todo el día en la capilla ayudando al padre Rolo en los preparativos. A eso de las ocho y media comenzaron a llegar los vecinos. Poco antes de las nueve todos los chicos estaban formados sobre una tarima escalonada junto al órgano. La gente los miraba casi con devoción: bien peinaditos, seriecitos y con unas largas túnicas blancas, parecían angelitos. La capilla había sido adornada con flores, cirios y un pesebre con grandes figuras. Se percibía la presencia de Jesús, listo para confortar las almas de aquellos seres desdichados.

Cuando eran las nueve pasadas el padre tomó la palabra y habló acerca de la Navidad y su profunda significación cristiana. Exaltó la importancia de la familia y habló de la necesidad de amar y alentar a los niños para que se desarrollen sin resentimientos ni temores. Les recordó que Jesús había nacido en un miserable establo, pobre de toda

Historias y Reflexiones para esta Navidad

pobreza, y que sin embargo tuvo padres que lo amaron y lo protegieron hasta que fue mayor y pudo cumplir su grandiosa Misión.

Concluido el sermón, anunció la presentación del coro y enumeró los villancicos que se iban a ejecutar. Nombró a todos los integrantes del coro y mencionó especialmente a Javito como solista final del concierto.

Los pequeños cantores esperaban nerviosos el momento de iniciar el concierto.

Javito buscaba continuamente a alguien entre el público. Descubrió con alegría a Magda en la primera fila. En eso varias personas recién llegadas avanzaron por el pasillo central para instalarse en los pocos asientos vacíos que quedaban en las primeras filas.

- ¡Padre, mire! - susurró emocionado Javito señalando con los ojos a los recién llegados. El padre Rolo sonrió satisfecho. Allí estaba la madre de Javito acompañada por tres forasteros: una mujer joven muy elegante, un señor de aspecto distinguido y un adolescente que lucía un arito y largos cabellos rubios, todos ellos bien vestidos y de aspecto desenvuelto. Javito, sonriente, saludó a su mamá con la mano.

Comenzaron los villancicos. El público disfrutaba y aplaudía con entusiasmo cada ejecución. El espíritu de la Navidad ya había ganado todos los corazones. Cuando ya llegaban al final y se acercaba el momento de Noche de Paz, el padre Rolo hizo una pausa con el propósito de demorar esta última interpretación. Le habló al público acerca del origen de esta bella canción alemana compuesta por Franz Grüber y se extendió sobre la tradición popular de los villancicos navideños.

Echó algunas miradas ansiosas hacia la entrada de la capilla, como si esperara algo. Y ese algo se produjo por fin: ingresaron tres personas, un hombre canoso y flaco que avanzó tímidamente en dirección del Altar buscando un asiento desocupado, acompañado por dos señores que se quedaron parados junto a la entrada.

- ¡Padre Rolo! - exclamó Javito jubiloso al reconocer al visitante - ¡Vino mi papá!

El sacerdote sonrió aliviado, su amigo el juez de menores no le había fallado.

- Anda a saludarlo - lo animó el sacerdote. Javito ni lo pensó, saltó de la tarima y corrió al encuentro de su padre quien se arrodilló y lo abrazó con ternura.

- ¡Papito, viniste, viniste! - repetía sin soltarle el cuello a su padre.

- ¿Cómo no iba a venir a escucharte? - dijo emocionado el hombre - , pero ahora vuelve a tu lugar que tienes que cantar.

Javito volvió corriendo a su tarima acompañado del ruidoso aplauso de toda la concurrencia que había observado la emotiva escena. Comenzó Noche de Paz.

Javito cantó con toda la alegría de su corazón, parecía una criatura etérea que se elevaba hacia el Altísimo con la cadencia de su hermosa voz. Cantó maravillosamente, pensando en Jesús que lo había escuchado. El público lloraba de emoción, y su papá y mamá, desde distintos lugares, lo miraban conmovidos por esa armonía celestial que les regalaba su hijo y que hacía estremecer hasta a las imágenes del altar.

Los patrones de la mamá, que, a pedido del padre Rolo, habían decidido generosamente llevarla en su automóvil y asistir también ellos al recital, y los policías que habían acompañado al presidiario, se sintieron llenos del espíritu de Dios y hermanados con todas aquellas personas sencillas, desheredadas, sufrientes y olvidadas de la sociedad, que se habían reunido en esa pequeña capilla para celebrar el nacimiento del más pobre y humilde de todos los niños del mundo.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Romance del Nacimiento

Por San Juan de la Cruz.

Ya que era llegado el tiempo
en que de nacer había,
así como desposado
de su tálamo salía,

abrazado con su esposa,
que en sus brazos la traía,
al cual la graciosa Madre
en su pesebre ponía,

entre unos animales
que a la sazón allí había,
los hombres decían cantares,
los ángeles melodía,

festejando el desposorio
que entre tales dos había,
pero Dios en el pesebre
allí lloraba y gemía,

que eran joyas que la esposa
al desposorio traía,
y la Madre estaba en pasmo
de que tal trueque veía:

el llanto del hombre en Dios,
y en el hombre la alegría,
lo cual del uno y del otro
tan ajeno ser solía.

Un ángel en navidad...

Había una vez un ángel que vivía en un castillo todo de nubes, en compañía de otros angelitos.

Y mientras Dios no los llamara para ningún mandado, los ángeles jugaban a la escondida por el cielo o remendaban nubes rotas.

Una tardecita de verano el ángel estaba pintando una nube con acuarela, cuando de pronto oyó la gran voz de Dios:

-Ángel... hijito mío... ¿me oyes?.

El corazón del ángel se alboroto de alegría. No era para menos.

-¡Dios! grito el ángel... ¡Dios me llama!

Y dicho esto se largo por un tobogán celeste hasta llegar a su castillo.

Entonces se estiro la ropa, peino sus alas y se lavo la cara. Después voló feliz hasta la gran Casa del Padre.

Dios miro al ángel con mucho cariño, y el angelito se lleno de luz.

-Ven para acá, te estoy necesitando para un mandado

-¡Siempre listo, mi Señor! dijo el ángel

Dios señalo a la Tierra...

-¿Ves aquella ciudad?

Cuando Dios señalo el lugar, las nubes se corrieron obedientes. Entonces pudieron ver claramente aquella ciudad. Era bastante gris. Estaba llena de casas, una encima de la otra. La gente andaba apurada, y mientras miraban el reloj pulsera de reajo, entraban y salían de un lugar a otro. Las calles estaban llenas de autos y colectivos.

- Ya veo, mi Señor... -comento el ángel-. ¿Hay que plantar algún rosal?

Dios hizo que no con la cabeza.

- Hay que ir a visitar un matrimonio que tiene. . .

- ¡Ya se. . .! Tienen un hijo, y yo voy a ser su ángel guardián ¿verdad?

Pero Dios agrego:

- Es un matrimonio sin hijos. Cuidan un perro pekinés.

Gorosito abrió los ojos así de grandes! Su corazón se asusto. Acaso lo mandarían a cuidar un perro pekinés?

Entonces Dios vio la trompa del ángel, y sonrió. En seguida le dijo en secreto:

- Bsss... bsss... bsss...

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Y a medida que Dios explicaba su plan misterioso, la cara del ángel se iba iluminando como una naranja. Es que el plan de Dios siempre es un misterio. Muy pocos pueden descubrirlo.

Se entusiasmo tanto, que ahí nomás le dio a su Dios un ruidoso beso. Después partió. Al llegar al lugar señalado por Dios, espío por la ventana.

Entonces vio: Un perrito descansaba muy triste sobre un almohadón de seda. A su lado tenía dos chiches, un terrón de azúcar y un plato con leche. Un señor rogaba al animalito:

- Vamos, hijito. . . toma un poco de leche. . . mira que esta tibia. . . ya viene mamita con el churrasco... no te hagas rogar...

Pero el perro miraba para otro lado, haciéndose el orgulloso.

Por una hendidura de la ventana salió olor a churrasco. Entonces Gorosito tomó la punta del humo con olor a churrasco, y fue llevándola... llevándola... Allá abajo, en la vereda, había un chico.

No tenía mamá ni papá. Estaba solito en el mundo. Andaba por esas calles a la buena de Dios. Un día pedía limosna. . . otro día lustraba zapatos... y casi siempre tenía hambre.

Pero justo en ese momento ¡OH, misterio del amor! el chico sintió un aroma muy rico. Era un olorcito a churrasco que le hizo recordar que tenía mucha hambre. Fue... como si alguien invisible lo estuviera tomando de la nariz, lo levantara por el aire... lo pusiera en camino. . . y lo hiciera tocar un timbre. . .

- ¿Quién eres? dijo el señor.

- Hola. Buen día... dijo el chico sonriendo. Tengo un poco de hambre... Entonces el señor miró hacia adentro, y vio al perrito. Y miró hacia afuera y vio al chico que sonreía. Y se le apretó un poquito el corazón.

- Ven, hijo. Pasa... dijo el señor. Cuando el chico entró, el perrito se levantó y se puso a hacerle fiestas. Claro.

Lo que pasaba es que el perro pekinés estaba harto de que lo confundieran con un ser humano.

El quería su lugar de perro en el mundo. Al oír los ladridos juguetones, se asomó la señora desde la cocina y vio: Un perrito, un niño y un papá.

Desde aquel día un chico tuvo un hogar, una mamá y un papá, y un perrito para jugar. . . y hasta un ángel guardián.

Y en el rostro de Dios Padre floreció una sonrisa.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Cuento de Navidad: Artabán

Una noche estaba Artabán mirando al cielo estudiando las estrellas cuando llegó un mensajero con una carta de sus amigos Melchor, Gaspar y Baltasar. La abrió enseguida, pues esperaba impaciente nuevas noticias sobre el significado de una estrella especial que había surgido en el cielo. Decía lo siguiente:

“Apreciado amigo Artabán, después de consultar los libros y preguntarles a los sabios hemos averiguado el significado de la estrella que descubriste en el cielo. No hay duda, indica el nacimiento de una persona importante, quizá, la más importante jamás nacida. Es una persona que será a la vez rey, dios y hombre. Nosotros hemos descubierto una estrella igual que la tuya y nos hemos puesto a seguirla para llegar cuanto antes al lugar del nacimiento de este niño. Espero que nos encontremos en el camino. Un saludo”

Tus amigos Gaspar, Melchor y Baltasar

Artabán enseguida dispuso todo para emprender el camino que le indicara su estrella y alcanzar a sus amigos. Escogió sus mejores camellos, y los cargó con oro, incienso y mirra para regalárselos al niño. Pero nada más salir, se encontró con un dilema. Allá a lo lejos veía la estela de los camellos de sus compañeros, pero su estrella le indicaba un camino distinto. No sabía que hacer. Finalmente decidió seguir su estrella. Ésta se posó sobre un grupo de niños que contemplaban las estrellas. Pasaban así horas y horas pero no entendían el significado de ellas. Artabán se acercó y les explicó todas las constelaciones y también el significado de esa estrella especial indicándoles el motivo de su viaje. Los niños decidieron unirse a su expedición para buscar a esa persona tan importante. La estrella no quería que hiciera el camino solo, sino con otros niños.

Pero después de andar unos días otra vez la estrella se separó del camino. No sabían qué hacer, porque a ese ritmo llegarían los últimos y eso sí es que llegaban. Pero la estrella mostraba otro camino. Artabán pensaba que quizá se había equivocado de estrella, que esta le llevaba por caminos distintos y más largos. Pero bueno, al fin y al cabo era su estrella, así que se puso a seguirla. De repente, la estrella se posó sobre una familia que estaba al borde del camino. La mamá lloraba amargamente. No tenía nada para darle de comer a su niño recién nacido que llevaba en brazos, y ya era el tercer día que estaba en esta situación. Un tiempo de sequía les había dejado sin cosecha y un terremoto sin casa. Artabán llevaba muchas cosas, pero era para regalárselas al niño que acababa de nacer, pero ¿cómo podía quedarse sin hacer nada? Cogió las monedas de oro y se las dio a la familia diciéndole: Mira, estas monedas eran para un rey, pero te las doy a ti para que puedas comer y comprarte una casa. Ya encontraré algo para regalarle al Rey.

Artabán y sus amigos emprendieron otra vez el camino. Una vez más la estrella volvía a alejarse del camino para posarse sobre un pueblo. Cuando se acercaron, del pueblo salía

un olor muy malo, que al respirarlo les hacía enfermar. Casi todo el pueblo estaba enfermo por culpa de ese olor. Y ellos llevaban incienso y mirra que juntos, perfuman el ambiente y hace que desaparezcan los malos olores. Pero eran para el niño que iban a adorar, porque era Dios y hombre. Entonces oyeron el llanto enfermo de un niño recién nacido, ¿cómo dejar que esas gentes se murieran por la enfermedad? No lo pensaron más. Sacaron todo el incienso y la mirra que llevaban y perfumaron toda la ciudad, hasta que desapareció todo el mal olor. Las gentes de esa ciudad estaban muy agradecidos, pero ellos se habían quedado sin nada: Cuando se presentaran delante del niño, ¿qué le iban a regalar?

Siguieron su estrella y se encontraron Gaspar, Melchor y Baltasar que volvían de adarlo y les dijo donde podrían encontrar a Jesús, en Belén. Artabán y sus amigos continuaron caminando hasta llegar a Belén. Al entrar en el pueblo se preguntaban qué le iban a regalar. No les quedaba nada, lo habían dado todo. Iban a quedar muy mal delante de Jesús. Tocaron a la puerta y una mujer con un niño en brazos salió a abriles. Le sonaba mucho la cara pero no sabía quién era. De pronto, el niño empezó a llorar. Ese llanto le recordaba a alguien. ¡Oh sorpresa! Ya sabía quienes eran: la familia que habían ayudado al borde del camino, el niño que habían curado en la ciudad. Admirados, se pusieron de rodillas a adarlo. Jesús les sonrió y la estrella brilló como nunca.

"Los cuentos sirven para dormir a los niños... y despertar a los mayores".

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Visita de Jesús

Era la noche de Navidad. Un ángel se apareció a una familia rica y le dijo al dueño de casa:

- "Te traigo una buena noticia: esta noche el Señor Jesús vendrá a visitar tu casa". La señora quedó entusiasmada. Nunca había creído posible que en su casa sucediese este milagro. Trató de preparar una cena excelente para recibir a Jesús. Encargó pollos, carnes, conservas, vinos importados.

De repente, sonó el timbre. Era una mujer mal vestida, de rostro sufrido, con el vientre hinchado por un embarazo ya muy adelantado. -"Señora, ¿no tendría un trabajo para darme? Estoy desempleada y en gran necesidad".

- "Pero ¿esta es hora de molestar? Vuelva otro día, respondió la dueña de casa. Ahora estoy muy ocupada con la cena para una importante visita".

Poco después, un hombre sucio de grasa llamó a la puerta. -"Señora, mi camión se dañó aquí en la esquina. ¿Por casualidad no tendría una caja de herramientas para poderme prestar?" La señora, ocupada como estaba limpiando los vasos de cristal y los platos de

porcelana, se irritó muchísimo: - "¿Usted piensa que mi casa es un taller mecánico? ¿Dónde se ha visto importunar a la gente así? ¡Por favor, no ensucie mi entrada con esos pies inmundos!

La anfitriona continuó preparando la cena: abrió latas de caviar, puso la champaña en el refrigerador, escogió de la bodega los mejores vinos. Mientras tanto, alguien batió palmas afuera. "Será que ahora llega Jesús" -pensó ella emocionada y con el corazón acelerado fue a abrir la puerta. Pero no era Jesús. Era un niño de la calle, harapiento.

- "Señora, déme un plato de comida".

- "Cómo te voy a dar, si todavía no hemos cenado? Vuelve mañana, porque esta noche estoy muy atareada.

Al final, la cena estaba a punto. Toda la familia emocionada, esperaba la ilustre visita. Sin embargo, pasaban las horas y Jesús no aparecía. Los cocktelitos comenzaron a hacer efecto en los estómagos vacíos y el sueño hizo olvidar los pollos y los platos preparados. A la mañana siguiente, al despertar, la señora se encontró con espanto frente al ángel.

- "¿Un ángel puede mentir?" -gritó ella. "Lo preparé todo con esmero, aguardé toda la noche y Jesús no apareció. ¿Por qué me hizo esta broma?"

- "No fui yo el que mintió. ¡Fue usted la que no tuvo ojos para ver!" -dijo el ángel sonriendo. Jesús estuvo aquí tres veces: 1) en la persona de la mujer embarazada, 2) en la persona del camionero, 3) en el niño hambriento. Pero usted no fue capaz de reconocerlo ni de acogerlo".

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Las velas de Navidad

Juanito se quedo mirando las velas que parpadeaban la noche de navidad en la mesa del comedor donde la familia celebraba la cena de Navidad.

Concentrado, casi ensimismado estaba cuando papá le dijo: Juanito, en que piensas? Juanito, lentamente pero con un espíritu casi poético dijo: Papi....estoy mirando como si una estrella estuviera sonriéndome en el parpadear de la vela.

De pronto, saliendo de su concentración, y dirigiéndose a su padre le dice: "Papi, porqué ponemos velas tan lindas en la cena de navidad.

Y el padre, con una mirada tierna le dijo. Juanito: Como familia celebramos está noche una fiesta de luz, luz que vence a las tinieblas durante la noche, nos recuerda, que la Biblia dice: Que Jesús es la luz del mundo. Nuestro Salvador vino a este mundo sumido en tinieblas para que podamos vivir en su luz eterna y gloriosa.

Juanito, entonces preguntó: Papi, siempre han existido las velas? Y papa le dijo. NO, hijo, no, antes de que existieran las velas se usaban teas con astillas resinosas de pino y candiles o lámparas de aceite.

Recuerda, las velas son una expresión simbólica de la luz que rompe las tinieblas y las vence ocupando su lugar; de la victoria del bien sobre el mal en sus propios dominios; del triunfo del día sobre la noche precisamente en los dominios de la noche; de la victoria del bien sobre el mal. Por eso la luz de las velas, con ser más tenue, tiene mucha más fuerza y más vida que la fría luz eléctrica.

Juanito: Nuestra vida estarían en la oscuridad, si Jesús no hubiese venido a rescatarnos. Por eso, es que nuestra familia en estos días recuerda con mucho amor y devoción a nuestro salvador, pero no es solamente esta época, sino siempre, cada día del año y lo más hermoso de todo, es que Dios quiere que nuestra vida sea como una vela constante para que alumbremos donde quiera que estemos.

Juanito, tu eres una pequeña, pero brillante vela.

El Señor quiere alumbrar en tu vida hoy, para quitar las sombras y la oscuridad y hacer que en tu vida, hoy, resplandezca un nuevo día.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Relato de Navidad

Qué frío tan atroz! Caía la nieve, y la noche se venía encima. Era el día de Nochebuena. En medio del frío y de la oscuridad, una pobre niña pasó por la calle con la cabeza y los pies desnuditos.

Tenía, en verdad, zapatos cuando salió de su casa; pero no le habían servido mucho tiempo. Eran unas zapatillas enormes que su madre ya había usado: tan grandes, que la niña las perdió al apresurarse a atravesar la calle para que no la pisasen los carruajes que iban en direcciones opuestas.

La niña caminaba, pues, con los piecitos desnudos, que estaban rojos y azules del frío; llevaba en el delantal, que era muy viejo, algunas docenas de cajas de fósforos y tenía en la mano una de ellas como muestra. Era muy mal día: ningún comprador se había presentado, y, por consiguiente, la niña no había ganado ni un céntimo. Tenía mucha hambre, mucho frío y muy mísero aspecto. ¡Pobre niña! Los copos de nieve se posaban en sus largos cabellos rubios, que le caían en preciosos bucles sobre el cuello; pero no pensaba en sus cabellos. Veía bullir las luces a través de las ventanas; el olor de los asados se percibía por todas partes. Era el día de Nochebuena, y en esta festividad pensaba la infeliz niña.

Se sentó en una plazoleta, y se acurrucó en un rincón entre dos casas. El frío se apoderaba de ella y entumecía sus miembros; pero no se atrevía a presentarse en su casa; volvía con todos los fósforos y sin una sola moneda. Su madrastra la maltrataría, y, además, en su casa hacía también mucho frío. Vivían bajo el tejado y el viento soplaba allí con furia, aunque las mayores aberturas habían sido tapadas con paja y trapos viejos. Sus manecitas estaban casi yertas de frío. ¡Ah! ¡Cuánto placer le causaría calentarse con una cerillita! ¡Si se atreviera a sacar una sola de la caja, a frotarla en la pared y a calentarse los dedos! Sacó una. ¡Rich! ¡Cómo alumbraba y cómo ardía! Despedía una llama clara y caliente como la de una velita cuando la rodeó con su mano. ¡Qué luz tan hermosa! Creía la niña que estaba sentada en una gran chimenea de hierro, adornada con bolas y cubierta con una capa de latón reluciente. ¡Ardía el fuego allí de un modo tan hermoso! ¡Calentaba tan bien!

Pero todo acaba en el mundo. La niña extendió sus piecillos para calentarlos también; más la llama se apagó: ya no le quedaba a la niña en la mano más que un pedacito de cerilla. Frotó otra, que ardió y brilló como la primera; y allí donde la luz cayó sobre la pared, se hizo tan transparente como una gasa. La niña creyó ver una habitación en que la mesa estaba cubierta por un blanco mantel resplandeciente con finas porcelanas, y sobre el cual un pavo asado y relleno de trufas exhalaba un perfume delicioso. ¡Oh sorpresa! ¡Oh felicidad! De pronto tuvo la ilusión de que el ave saltaba de su plato sobre el pavimento con el tenedor y el cuchillo clavados en la pechuga, y rodaba hasta llegar a sus piecitos. Pero la segunda cerilla se apagó, y no vio ante sí más que la pared impenetrable y fría.

Encendió un nuevo fósforo. Creyó entonces verse sentada cerca de un magnífico nacimiento: era más rico y mayor que todos los que había visto en aquellos días en el escaparate de los más ricos comercios. Mil luces ardían en los arbolillos; los pastores y zagalas parecían moverse y sonreír a la niña. Esta, embelesada, levantó entonces las dos manos, y el fósforo se apagó. Todas las luces del nacimiento se elevaron, y comprendió entonces que no eran más que estrellas. Una de ellas pasó trazando una línea de fuego en el cielo.

-Esto quiere decir que alguien ha muerto- pensó la niña; porque su abuelita, que era la única que había sido buena para ella, pero que ya no existía, le había dicho muchas veces: "Cuando cae una estrella, es que un alma sube hasta el trono de Dios".

La niña frotó otro fósforo en la pared, y creyó ver una gran luz, en medio de la cual estaba su abuela en pie y con un aspecto sublime y radiante.

-¡Abuelita!- gritó la niña-. ¡Llévame contigo! ¡Cuándo se apague el fósforo, sé muy bien que ya no te veré más! ¡Desaparecerás como la chimenea de hierro, como el ave asada y como el hermoso nacimiento!

Después se atrevió a frotar el resto de la caja, porque quería conservar la ilusión de que veía a su abuelita, y los fósforos esparcieron una claridad vivísima. Nunca la abuela le

había parecido tan grande ni tan hermosa. Cogió a la niña bajo el brazo, y las dos se elevaron en medio de la luz hasta un sitio tan elevado, que allí no hacía frío, ni se sentía hambre, ni tristeza: hasta el trono de Dios.

Cuando llegó el nuevo día seguía sentada la niña entre las dos casas, con las mejillas rojas y la sonrisa en los labios. ¡Muerta, muerta de frío en la Nochebuena! El sol iluminó a aquel tierno ser sentado allí con las cajas de cerillas, de las cuales una había ardido por completo.

-¡Ha querido calentarse la pobrecita!- dijo alguien.

Pero nadie pudo saber las hermosas cosas que había visto, ni en medio de qué resplandor había entrado con su anciana abuela en el reino de los cielos.

Soy llama para el que me necesita? Soy luz y calor, aunque más no sea en ese pequeño momento en el que Dios quiere que me cruce con un niño con frío, un niño triste, un niño con hambre?

Ayúdame a ser como un fósforo, Mi Niño de Belén...

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Cuento Navideño

"Freiz Navad..." Eso es lo que oí cuando abrí nuestra puerta trasera aquella mañana de Navidad.

Un muy joven David L. Epele estaba deslumbrado por la luz navideña, el árbol y los regalos. Yo estaba justamente en las que probablemente serían las mejores navidades que un siete añero posiblemente podría tener.

Sabes, había una caja completamente llena de Caramelos caseros de la Tía Ellen, dos cajas de Manzanas (esas que son buenas de Farmington), un cajón de naranjas con el sello oficial de la ciudad de Pasadena, y un saco de 50 libras de piñones para mascar mientras yo jugaba con mi TREN ELECTRICO nuevo.

Después estaban los Caramelos de Navidad. Yo estaba tan ocupado que no me di cuenta de que estaba zampándome dos barras de caramelo al mismo tiempo!

Esta fue la mañana de todas las mañanas! Era Navidad!

La cocina de leña estaba atareada emitiendo aromas que gritaban: "¡El pavo y la guarnición serán servidos a la hora!"

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Ornamentos genuinos de cristal soplados a mano procedentes de Alemania, brillaban suavemente en las ramas del árbol de navidad, y el aroma de los piñones tostados junto con el pavo era una completa sinfonía para los sentidos de este joven hombre.

¿Por qué sería justamente esa misma mañana cuando aprendí el verdadero secreto de comer una caña de azúcar clavada dentro de un agujero perforado en una naranja? Te ponías hecho un desastre... Y, ¿quién dijo que no se pueden hacer pequeños túneles con papel de Navidad sobrante, un poco arrugados pero eternamente bonitos? ¡Oh! Tan solo mira la matrícula de la locomotora eléctrica cuando está atravesando el túnel.

Creo que fue mientras me encontraba a mitad de mi aprendizaje sobre cómo conseguir que mi tren "Lionel" cascara piñones sin descarrilar cuando papi me pidió que abriese la puerta trasera. Yo estaba tan absorbido en la tarea de cascar nueces, que ni siquiera oí que hubieran llamado a nuestra puerta.

Al tiempo que corría hacia la puerta trasera, me apresuraba a abrocharme el cinturón de mi batín totalmente nuevo, justo como el de papá. Yo pensaba que iba bien con mis zapatillas nuevas. Lucía un par de pantalones vaqueros genuinos Levi's y sería un descuido por mi parte si no te dijera que llevaba puestas 2 camisas nuevas y un par de guantes de piel. No estoy seguro si mi anorak para la nieve estaba recto o no, pero envolví mi cuello con una bufanda roja.

Abrí la puerta trasera de golpe , y, allí en frente de mí, estaba el Indio más viejo que yo creo haber visto. Su cara estaba arrugada y mojada. Sus manos casi moradas por el frío. El estaba a la pata coja, con un pie sobre otro, saltando sobre sus pies para librarse del frío.

"Freiz Navad" dijo. Yo no podía responder a algo que no entendía. No tenía ni idea de lo que decía ese hombre ni de lo que quería.

"Freiz Navad" dijo de nuevo, esta vez señalando un viejo y sucio saco de algodón que llevaba consigo... Yo seguía sin poder responder.

Me volví hacia la cocina donde mamá estaba haciendo esas cosas secretas para hacer las cenas de navidad tan fabulosas. Vi la sorpresa reflejada en su cara cuando ella vio quién estaba en el umbral de la casa.

"Joe, será mejor que hables con ese hombre...", dijo mamá.

Mi padre vino a la puerta trasera. Puso ambas manos sobre mis hombros mientras que, una vez más, oí al viejo decir "¡Freiz Nadad!"

Mi padre hablaba suficiente navajo para entenderse. Oí unas cuantas palabras que creía comprender, pero no las suficientes como para saber lo que estaba pasando. El y mi padre hablaron durante 1 minuto, más o menos, y, después, Papa se volvió hacia mí y me dijo:

"David, ve, entra en casa y coge una bolsa grande de la tienda. Quiero que la llenes con manzanas, naranjas y algunas libras de piñones. Vamos a ayudar a este anciano. Es de Gamercó. Ha andado las 7 millas hasta nuestra ciudad por la nieve para llevar algo de comer a su familia. Dice que toda su familia está enferma y nosotros debemos ayudarlo".

"Freiz Navad," dijo de nuevo el anciano a la vez que señalaba su viejo saco.

Creo que fue en ese momento cuando finalmente comprendí lo que estaba pasando. El Hombre viejo nos deseaba, de la única forma que sabía, una Feliz Navidad. Estaba pidiendo Comida y Ayuda para su familia.

Corrí de vuelta a la salita y empecé a llenar la bolsa de la tienda con manzanas y naranjas que mi madre me pasaba. Incluso metí un par de esas cañas de azúcar y después un par más. Puse Piñones en la bolsa casi hasta cubrir la fruta. Después puse unas cuantas naranjas más para acabar de llenar completamente la bolsa. Mientras volvía vi a mi padre dar al hombre viejo un billete de cinco dólares.

Le pasé al anciano nuestra bolsa de papel y esperé mirando como transvasaba todas las manzanas, naranjas y piñones a su bolsa de algodón. Se le cayó una naranja. Me agaché a por la naranja que rodaba al mismo tiempo que el hombre viejo lo hacía. Sus manos cubrieron las mías por unos instantes. Me miró a los ojos y esgrimió una gran y desdentada sonrisa. ¡Oh, como brillaban sus ojos oscuros!

Yo me quité de mi cuello mi bufanda roja totalmente nueva y se la enrollé en el suyo.

Ahora bien, no lo supe en aquel momento pero seguro que mi corazón sabía que acababa de aprender algo muy importante, una lección muy valiosa... una enseñanza que llevaría siempre conmigo para siempre.

Es mucho mejor dar que recibir.

¡¡Feliz Navidad!!

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Un regalo de ravioles

Cuando era niño perdí la "chaveta" por una bibliotecaria. Cada semana ella se encargaba de la hora de los cuentos en el jardín de la biblioteca de nuestro barrio. Nos leía maravillosos cuentos de aventura, fantasía y belleza. Yo nunca faltaba a estas sesiones. De hecho, con frecuencia llegaba con horas de anticipación para asegurarme una silla en la primera fila y no perderme una sola palabra.

Recuerdo vívidamente aquella Navidad cuando leyó La historia del otro Rey Mago de Henry Van Dyke. Yo tenía ocho años. Por lo general, ella leía muchos cuentos durante la hora asignada, pero en esta ocasión sólo leyó uno.

Al terminar de leer nos abrazó a todos, deseándonos una feliz Navidad. Se arrodilló a mi lado y sonrió.

- Tengo un regalo de Navidad para ti. Quiero regalarte el libro que acabo de leer – y me entregó su copia de La historia del otro rey mago -. ¿Te gustó este cuento? – me preguntó.

Francamente, yo no había entendido el cuento pero, por supuesto, no se lo iba a decir. En cambio le respondí:

- Sí, me pareció muy interesante.

En realidad el cuento me había desconcertado. No podía imaginar que alguien pudiera estar tan loco como para renunciar, por cualquier motivo, a estar presente en Belén para el nacimiento de Jesús de Nazaret. Tampoco podía comprender que una persona regalara los rubíes y perlas que supuestamente serían el regalo de cumpleaños de Cristo a los crueles soldados y a los intrigantes cobradores de adeudos.

Recuerdo que me dirigí directamente a la casa, con el librito en la mano, decidido a leerlo una vez más. Si a mi maravillosa amiga le gustaba el libro, a mí también me habría de gustar.

Como muchos saben, la historia narra el viaje mágico de los tres Reyes Magos de Oriente, cómo viajaron desde muy lejos, guiados por una estrella, para llevar regalos a un Rey recién nacido que estaba en un pesebre en Belén. Pero sugiere que había un cuarto Rey, del cual yo nunca había sabido, quien también vio una estrella en el Oriente e inició el largo y penoso viaje para reunirse con los otros Reyes, cargando sus valiosos regalos.

Según la historia, los tres Reyes Magos no tuvieron dificultad alguna para llegar a Belén; sin embargo el cuarto, Artabán, sólo tuvo problemas. En primer lugar encontró a un exiliado hebreo enfermo, solo y muriéndose en el desierto. Lleno de compasión, Artabán se detiene y atiende al enfermo. Esta demora ocasiona que falte a su cita con los otros Reyes Magos y, en consecuencia, no está presente en el pesebre aquella primera Navidad.

Sin embargo, él sigue viajando. Poco después entrega uno de los regalos que eran para el Niño recién nacido para salvar la vida de otra criatura que, de acuerdo con el decreto de Herodes, fue condenada a morir. Una y otra vez Artabán se detiene para atender a los enfermos, consolar a los oprimidos y a los presos y dar de comer a los hambrientos.

Al final la historia Artabán está desesperado y cansadísimo. Comprende que ha dedicado treinta y tres años a la búsqueda y que al final se encuentra solo en el Gólgota. Aquí

descubre que el Hijo de Dios, a quien se dedicó a buscar muchos años antes, ha sido condenado a morir en la cruz. De inmediato piensa en su última posesión, una perla. Está seguro de que ésta comprará la libertad de Cristo. Pero aún en el camino hacia el lugar encuentra a una mujer que está siendo amenazada con golpearla y aún, matarla si no paga las deudas de su padre. Una vez más Artabán ofrece la perla, su última posesión, a cambio de la vida de la mujer.

Ahora realmente no le queda nada. Todo lo que tuvo la intención de entregar en adoración lo ha dado al servicio de la humanidad. Para aumentar sus tribulaciones, Artabán recibe el golpe de una piedra que cae de una estructura que se estaba derrumbando debido al terremoto que acompañó a la crucifixión. Está seguro de que morirá sin ver jamás a su Señor. Pero mientras yace sangrando y moribundo, escucha una débil voz desde muy lejos.

- En verdad os digo, todo lo que habéis hecho al más pequeño de mis hermanos, lo habéis hecho conmigo.

Al oír esto Artabán, el cuarto Rey Mago, muere feliz sabiendo que sus regalos sí fueron recibidos por su Señor.

Por fin comprendí. Al principio pensé que el Rey Mago no había sido tan sabio al perder la oportunidad de dar testimonio de la primera Navidad por regalar todos sus bienes, por haber pasado toda la vida atendiendo a los demás, pero de pronto lo entendí. Artabán ciertamente era el más sabio y el más justo de todos los Reyes Magos.

Tarde se me hacía para narrar la historia a papá y mamá. Ellos habían establecido la costumbre de contar cuentos y escuchaban con mucha atención. Al terminar, se miraron uno al otro durante un rato en silencio. Luego habló mamá:

- Qué bonito cuento, Felice – dijo – y es verdad. Cuando das lo que tienes para ayudar a los demás es como dárselo a Dios.

Papá pregunto: - ¿Qué vas a darle a la simpática señora de la biblioteca?.
"Caray", pense. "No tengo nada que darle".

- Ya sé – dijo mamá - , le haré un buen plato de ravioles.

- ¡Ravioles! – grité. Estaba seguro de que mi preciosa amiga, que acababa de darme un regalo tan sofisticado, se mofaría de los ravioles de mamá. Yo quería darle rubíes, incienso o cuando menos mirra (¡ni siquiera sabía lo que era eso!).

Como de costumbre, mis protestas no tuvieron mucho peso y pronto me encontré camino a la biblioteca con un platón lleno de ravioles hechos en casa y una jarra de rica salsa roja, todo envuelto en bolsas de papel café. En el camino pensé en todas las maneras en que podría deshacerme del regalo. Mis padres nunca lo sabrían. Pensé en echar los ravioles por la coladera, en tirarlos atrás del mercado de alimentos o aventarlos al

basurero. Pero mi buena conciencia prevaleció y me dirijo hasta la biblioteca. Allí encontré a mi amada sentada detrás del escritorio.

- Leo – me saludó con afecto cuando entré.

- Le traigo un regalo – expliqué, ofreciéndole las bolsas de papel - . Es un poco tonto – tartamudeé -, es algo para que lo coma después.

Ella tomó el paquete con ansias y se asomó a la bolsa que contenía el platón de ravioles. Sus ojos se iluminaron:

- ¡Ravioles! – exclamó -. ¡Me encantan los ravioles! Muchas gracias. Y no es un regalo tonto. Es un verdadero tesoro, más valioso que las joyas.

¿Más valioso que las joyas?, pensé.

Si...

Por supuesto...

Por fin entendí realmente La historia del otro Rey Mago. Los ravioles de mamá adquirieron un significado muy especial.

Fin.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

El porqué de la Navidad

Érase una vez un hombre que no creía en Dios. No tenía reparos en decir lo que pensaba de la religión y las festividades religiosas, como la Navidad. Su mujer, en cambio, era creyente a pesar de los comentarios desdeñosos de su marido.

Una Nochebuena en que estaba nevando, la esposa se disponía a llevar a los hijos al oficio navideño de la parroquia de la localidad agrícola donde vivían. Le pidió al marido que los acompañara, pero él se negó.

-¡Qué tonterías! -arguyó-. ¿Por qué Dios se iba a rebajar a descender a la Tierra adoptando la forma de hombre? ¡Qué ridiculez!

Los niños y la esposa se marcharon y él se quedó en casa.

Un rato después, los vientos empezaron a soplar con mayor intensidad y se desató una ventisca. Observando por la ventana, todo lo que aquel hombre veía era una cegadora tormenta de nieve. Y decidió relajarse sentado ante la chimenea.

Al cabo de un rato, oyó un golpazo; algo había golpeado la ventana. Luego, oyó un segundo golpe fuerte. Miró hacia afuera, pero no logró ver a más de unos pocos metros de distancia. Cuando empezó amainar la nevada, se aventuró a salir para averiguar qué

había golpeado la ventana. En un campo cercano descubrió una bandada de gansos salvajes. Por lo visto iban camino al sur para pasar allí el invierno, y se vieron sorprendidos por la tormenta de nieve y no pudieron seguir. Perdidos, terminaron en aquella finca sin alimento ni abrigo. Daban aletazos y volaban bajo en círculos por el campo, cegados por la borrasca, sin seguir un rumbo fijo. El agricultor dedujo que un par de aquellas aves habían chocado con su ventana.

Sintió lástima de los gansos y quiso ayudarlos.

-Sería ideal que se quedaran en el granero -pensó-. Ahí estarán al abrigo y a salvo durante la noche mientras pasa la tormenta.

Dirigiéndose al establo, abrió las puertas de par en par. Luego, observó y aguardó, con la esperanza de que las aves advirtieran que estaba abierto y entraran. Los gansos, no obstante, se limitaron a revolotear dando vueltas. No parecía que se hubieran dado cuenta siquiera de la existencia del granero y de lo que podría significar en sus circunstancias. El hombre intentó llamar la atención de las aves, pero solo consiguió asustarlas y que se alejaran más.

Entró a la casa y salió con algo de pan. Lo fue partiendo en pedazos y dejando un rastro hasta el establo. Sin embargo, los gansos no entendieron.

El hombre empezó a sentir frustración. Corrió tras ellos tratando de ahuyentarlos en dirección al granero. Lo único que consiguió fue asustarlos más y que se dispersaran en todas direcciones menos hacia el granero. Por mucho que lo intentara, no conseguía que entraran al granero, donde estarían abrigados y seguros.

-¿Por qué no me seguirán? -exclamó- ¿Es que no se dan cuenta de que ese es el único sitio donde podrán sobrevivir a la nevasca?

Reflexionando por unos instantes, cayó en la cuenta de que las aves no seguirían a un ser humano.

-Si yo fuera uno de ellos, entonces sí que podría salvarlos -dijo pensando en voz alta.

Seguidamente, se le ocurrió una idea. Entró al establo, agarró un ganso doméstico de su propiedad y lo llevó en brazos, paseándolo entre sus congéneres salvajes. A continuación, lo soltó.

Su ganso voló entre los demás y se fue directamente al interior del establo. Una por una, las otras aves lo siguieron hasta que todas estuvieron a salvo.

El campesino se quedó en silencio por un momento, mientras las palabras que había pronunciado hacía unos instantes aún le resonaban en la cabeza:

-Si yo fuera uno de ellos, ¡entonces sí que podría salvarlos!

Reflexionó luego en lo que le había dicho a su mujer aquel día:

-¿Por qué iba Dios a querer ser como nosotros? ¡Qué ridiculez!

De pronto, todo empezó a cobrar sentido. Entendió que eso era precisamente lo que había hecho Dios. Diríase que nosotros éramos como aquellos gansos: estábamos ciegos, perdidos y a punto de perecer. Dios se volvió como nosotros a fin de indicarnos el camino y, por consiguiente, salvarnos. El agricultor llegó a la conclusión de que ese había sido ni más ni menos el objeto de la Natividad.

Cuando amainaron los vientos y cesó la cegadora nevasca, su alma quedó en quietud y meditó en tan maravillosa idea. De pronto comprendió el sentido de la Navidad y por qué había venido Jesús a la Tierra. Junto con aquella tormenta pasajera, se disiparon años de incredulidad. Hincándose de rodillas en la nieve, elevó su primera plegaria: "¡Gracias, Señor, por venir en forma humana a sacarme de la tormenta!"

Fin.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Navidad en el Asilo

Esta historia es real, y sucedió en una capital centroamericana, donde mi esposo trabajaba como diplomático. Faltaba una semana para la Navidad y la Asociación de esposas de los diplomáticos había proyectado una fiesta de Navidad en el asilo de ancianos. En mi calidad de secretaria, tuve que telefonar a todas las asociadas para pedirles que prepararan algún plato y fueran a atender personalmente a los ancianos. La mayoría contestaba que encantada prepararía un pastel, pero que no tenían tiempo para asistir a la fiesta.

Me molestó constatar que tan solo ocho de treinta y cinco asociadas dijeron que vendrían a ayudar ¡y tenemos que servir a casi doscientos ancianos!

El día de la fiesta llegué al asilo a tiempo y Gladys la presidenta de la asociación ya se encontraba tras la larga mesa en la que cada una iba dejando su torta. La esposa del embajador americano estaba preparando el ponche y cortando pasteles. Las pocas señoras que se habían comprometido a ayudar colocaban los adornos de Navidad, organizaban las sillas y realizaban los diversos trabajitos necesarios para poner en marcha la fiesta. Qué lástima. Habría deseado que más señoras hubieran querido ayudar. ¿Por dónde quieres que empiece?

Historias y Reflexiones para esta Navidad

La cálida sonrisa de Gladys casi borró mi resentimiento. Me pidió que les llevara la merienda a los ancianos que no podían salir de su cuarto.

Cómo no, dije, agarrando una bandeja. ¡Será mejor que comience pronto, pues voy a tardar un siglo en servirles a todos!

Empezó la música y no sé quién se puso a cantar villancicos con los ancianos, que estaban todos reunidos en el inmenso patio del establecimiento. Yo no tenía tiempo de escuchar ni disfrutar las canciones.

Me pasé la tarde corriendo de un lado a otro, llevando pasteles y ponche, sin mirar casi ni de reojo a los pacientes que servía. A cada uno le daba además una bolsa de caramelos y un regalo. Recorrí todas las alas del edificio, me dolían las piernas de subir las escaleras. Una de las tantas veces que subí, una viejita que llevaba un vestido estampado, rasgado y desteñido me tocó el brazo y me dijo tímidamente:

Perdone, señorita. ¿Tendría la bondad de cambiarme el regalo?

Me volví hacia ella irritada y repliqué:

¿Cambiarle el regalo? ¿Por qué? ¿Es que le tocó uno de hombre?

No, no... dijo vacilante. Es que me tocaron perlas. Las perlas representan lágrimas y yo ya no quiero más lágrimas.

Pensé: ¡Qué superstición más tonta! ¡Hay que ver cómo está el mundo! ¡Deberían agradecer cualquier cosa que les dieran!

Lo siento. Ahora estoy muy atareada. A lo mejor después se lo puedo cambiar.

Me fui corriendo para llenar otra vez la bandeja y me olvidé al instante de la señora.

Con la bandeja llena de tortas llegué corriendo a la sección de mujeres, en la planta baja. Abrí la puerta del cuarto A-14 apoyándome de espaldas y una vez dentro, di la vuelta; cuando vi lo que había allí, me estremecí de tal modo que la bandeja me empezó a temblar en mis manos. ¡En aquel cuarto feo y deslucido, acostada en un camastro de sábanas grises y con un camisón raído, estaba mi madre! ¡Mamá? ¡No puede ser! ¡Mamá está muerta! y de estar viva, no se encontraría en un lugar así.

Se trataba de un asilo para ancianos sin familia, gente pobre y enferma que no tenía donde estar ni quien la cuidara.

No podía ser; los ojos me estaban haciendo una jugarreta. Cuando volví a abrirlos pude ver mejor a la mujer demacrada que ocupaba el cuarto. No era mi madre, sino una viejita de cabello gris y ojos azules, que ni se parecía mucho a ella. ¿Qué me habría pasado que pensé que esa pobre mujer era mi madre? Sería la madre de otro, no la mía. Entonces, ¿por qué no me sentí aliviada? Todo lo contrario, me embargó un dolor inmenso y se me hizo un nudo en la garganta.

Sin pronunciar palabra, volví a salir justo a tiempo para que no me viera llorar. Por el oscuro pasillo retorné a la mesa en la que se encontraba Gladys trabajando, muy animada. Se me debía de notar lo mal que me sentía, porque su expresión cambió en cuanto me vio y me dijo:

¿Qué te pasa, Betty? me preguntó, rodeándome con el brazo.

Es que vi a mi madre... dije sollozando. ¡Acabo de ver a mi madre allí en un cuarto! No puedo seguir.

Lo que te pasa es que estás agotada. Tómate un descanso.

Varias personas que se encontraban por allí cerca empezaron a mirarme. Agarré una servilleta y me fui corriendo para que no me vieran llorar.

Me dirigí a un descansillo de la escalera del ala masculina, donde no había luz y me senté en el rincón, sollozando. Señor recé, ¿qué me pasa? ¿Me estoy volviendo loca?, y casi al instante oí Su respuesta, que no me llegó con palabras audibles sino en mis pensamientos: *«Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres... y no tengo amor, de nada me sirve.»* (1 Corintios 13:3)

Caí en la cuenta de que esas palabras iban sin duda alguna dirigidas a mí. Ese día yo había preparado tortas, caminado kilómetros, llevado comida a muchas personas, pero, ¿para qué? ¿A quién había estado sirviendo? ¿A quién había tratado con cariño? ¡Ni siquiera me había molestado en mirar a nadie! Los ancianos no significaban nada para mí, ni veía sus rostros... hasta que vi en alguien que sufría el rostro amado de mi madre. Entonces cobraron vida para mí los ancianos.

Perdóname, Señor dije en voz baja. Lo he hecho todo al revés. Tengo que volver a empezar.

Respiré profundamente, me enjuagué las lágrimas y volví a la mesa de los pasteles. Gladys me miró desde donde estaba ocupada y me dijo:

Ya has hecho bastante por hoy, Betty. ¿Por qué no te vas a casa a descansar? A partir de ahora nos las podremos arreglar con las que estamos.

No me pidas que me vaya le respondí. En realidad recién voy a empezar como debe ser. Cuando estaba a punto de irme cargando otra bandeja, de pronto me acordé:

Gladys, ¿tienes otro regalo para señoras? Tengo que cambiar uno.

Ella me pasó una cajita que contenía un broche de piedras rojas con forma de corazón.

Gracias, es ideal le dije, agarrándola y alejándome deprisa hacia el patio.

Haz que encuentre a esa mujer, oré para mis adentros. Ni me había molestado en mirarle la cara. Había estado demasiado ocupada para prestarle alguna atención y pasé de largo, como hicieron el levita y el sacerdote en la historia del buen samaritano. Busqué entre todos los ancianos, de fila en fila. A todos se les veía contentos, cantando villancicos mientras resonaba la música. Por primera vez en todo el día me empecé a sentir feliz. Entonces vi el andrajoso vestido estampado. La señora estaba sentada contra la pared, sola, teniendo en su regazo los caramelos sin desenvolver y las perlas. Se veía muy triste y desdichada. Me acerqué corriendo.

La busqué por todas partes. Tome, le traje un regalo diferente.

Alzó la vista sorprendida y luego, casi como quien pide perdón, agarró la caja y la abrió.

Los ojos se le iluminaron como un árbol de Navidad y sonrió de oreja a oreja encantada.

Muchas gracias, señorita exclamó es muy bonito.

De nuevo se me hizo un nudo en la garganta, pero esta vez no me importó.

Deje que se lo coloque le dije. Y deme esas perlas, que ninguna falta nos hacen las lágrimas en Navidad.

Cuando me fui, la dejé cantando en el patio con los demás y me dio la impresión de que se me quitaba un peso tremendo de encima.

Sólo me quedaba una cosa por hacer antes del fin de la fiesta: volver al cuarto A-14. De alguna forma tenía que darle las gracias a aquella paciente, pero no sabía cómo. Cuando empujé la puerta, me encontré a la señora sentada en la cama, comiéndose la torta y cuando entré sonrió.

Feliz Navidad, mamita le dije.

Qué bueno que haya vuelto me contestó. Quería darles las gracias a todas las señoras por venir y hacernos la fiesta. Me gustaría hacerle un regalo, pero no tengo nada que le pueda dar. ¿Le puedo cantar una canción?

Ya no me podía contener más y asentí con la cabeza. Me senté en la cama mientras ella me interpretó, con voz chillona, tres estrofas de una canción de lo más triste y de lo menos navideña que he oído en la vida. Pero el resplandor de sus ojos pudo más que la letra y dejó bien claro el mensaje de la Navidad: ¡dichosa tierra!

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Zapatillas Doradas

Faltaban sólo cuatro días para Navidad. Aún no sentía el espíritu de la ocasión, a pesar de que el parqueadero de la tienda de descuentos estaba repleto. Dentro de la tienda era peor. Los carros de compras y los clientes de última hora causaban atascos en los pasillos.

¿Para qué vine hoy a la ciudad? Me pregunté. Los pies me dolían casi tanto como la cabeza. Tenía una lista de varias personas que decían no querer nada, pero yo sabía que se quedarían ofendidas si no les compraba algo.

Comprar regalos no tenía nada de entretenido para mí. Estaba comprando para gente que tenía de todo, y los precios eran exorbitantes.

Llené mi carro de compras a toda prisa con esas cosas de último momento y me dirigí a las cajas. Escogí la que tenía la fila más corta, pero tendría que esperar al menos veinte minutos para llegar a la caja.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Delante de mí había un niño y una niña. El niño tenía unos cinco años y la niña era un poco menor. Él llevaba un abrigo harapiento y unos tenis viejos y enormes que sobresalían debajo de unos pantalones que le quedaban muy cortos. En sus manos, que estaban muy sucias, tenía varios billetes de un dólar todos arrugados.

La ropa de la niña se parecía a la de su hermano. Su cabeza era una maraña de pelo ondulado. En la cara se le veían restos de la cena. Llevaba en las manos un hermoso par de zapatillas doradas para la casa. Se oía música navideña en el equipo de sonido del almacén y la niñita tarareaba feliz y desafinadamente.

Cuando llegamos a la caja, la niña puso los zapatos con mucho cuidado sobre el mostrador. Los sostenía como si se tratara de un tesoro. La cajera marcó la cuenta.

-Son seis dólares con nueve centavos -dijo.

El niño puso sus billetes arrugados sobre el mostrador mientras buscaba más en los bolsillos de su pantalón. Consiguió reunir 3 dólares con 12 centavos.

-Supongo que tendremos que devolverlas -dijo valientemente. Volveremos después, quizá mañana.

En cuanto oyó eso, la niña dijo con un leve sollozo:

-Pero a Jesús le habrían encantado esas zapatillas.

-Bueno, volveremos a casa y trabajaremos un poco más. No llores, volveremos después -le aseguró su hermano.

En ese instante le pasé tres dólares a la cajera. Esos niños habían esperado un largo rato en la fila, y a fin de cuentas, era Navidad.

De repente un par de brazos me rodearon y una vocecita exclamó:

-Muchas gracias, señora.

-¿A qué te referías cuando dijiste que a Jesús le habrían gustado esos zapatos? -pregunté.

El niño respondió:

-Nuestra mamá está enferma y se va a ir al Cielo. Papá dijo que es posible que se vaya a vivir con Jesús antes de Navidad.

La niña añadió:

-En la escuela dominical, mi profesora me dijo que las calles del cielo son doradas, como estas zapatillas. ¿No le parece que mi mamá se vería hermosa caminando por esas calles con zapatos del mismo color?

Los ojos se me aguaron al fijarme en la carita manchada por las lágrimas.

-Sí -le respondí-, no me cabe duda.

En ese momento le agradecí a Dios en silencio que se valiera de esos niños para recordarme lo que significa dar.

Helga Schmidt

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Poema de Navidad

Yo quiero en esta Navidad poder armar
un árbol dentro de mi corazón,
... y en el colgar, en lugar de regalos,
los nombres de mis amigos.

Los que viven lejos y los que viven cerca...
Los antiguos y los más recientes...
Los que veo todos los días y los que raras veces veo...
Los que siempre recuerdo y los que a veces olvido...

Los de las horas difíciles y los de las horas felices...
Los que sin querer herí y los que sin querer me hirieron...
Aquello que conozco profundamente y aquellos que poco conozco...
Mis amigos humildes y mis amigos importantes...

Los que me enseñaron y los que tal vez un poquito aprendieron de mí...
Quiero que este árbol tenga raíces profundas,
para que los nombres de mis amigos
nunca sean arrancados de mi corazón.

Un árbol de sombra agradable,
para que nuestra amistad sea un momento de reposo
en la lucha diaria de la vida.
Quiero que el espíritu de Navidad haga

de cada deseo una flor,
de cada lágrima una sonrisa y
de cada dolor una estrella ...
Que pases una feliz Navidad!!

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

La Navidad de un perrito abandonado

Era el primer domingo de Adviento, y yo me pregunté si era verdad lo que estaba viendo: el automóvil se detuvo, se entreabrió una puerta trasera y alguien hizo bajar a un perrito muy inquieto. "¡Bajate, Pulquete!", ordenó una voz desde el interior. El pobre animalito

quedó desconcertado cuando el automóvil se alejó a toda velocidad. Me partió el corazón verlo correr desesperado detrás del vehículo.

Pulquete tendría unos seis o siete meses; menudito, de patas largas y pelo corto color de canela, exhibía una oreja negra de llamativo contraste. No volví a verlo hasta mucho después, pero imagino que esa noche, agotado y tembloroso, durmió acurrucado en el primer agujero que encontró. Por la mañana comenzó a buscar a sus dueños. Ese día no comió y apenas bebió un poco de agua estancada. Los días y las noches se le hacen interminables.

A las dos semanas está flaco y decaído, aunque se lo puede reconocer fácilmente por su orejita negra. Como es muy joven comienza a olvidar a quienes lo arrojaron a la calle. Tal vez recuerda vagamente un patio soleado donde retozaba despreocupado. No sabe qué le pasa, pero tiene hambre y mucho miedo porque otros perros callejeros lo corren, la gente lo echa de las veredas y cuando cruza las calles, unos artefactos rugientes se le vienen encima.

Pero a pesar de todo, Pulquete siente una irresistible atracción por las personas. Cuando descubre que alguien lo mira compasivo, se le acerca tímidamente con la cabeza gacha y ojos que imploran una caricia. Pero, invariablemente, esa persona que se detuvo misericordiosa endurece la mirada y sigue su camino, no vaya a ser que el pobre animal se le adose y la siga.

Diez días después de presenciar aquel acto incalificable, nuestro perro Budy, un maravilloso lanudo grandote y bonachón, de cuatro años de edad, se nos escapa, asustado por los cohetes, y se pierde. Lo buscamos días enteros por el barrio y por las calles de la ciudad, pero nuestro querido Budy no apareció.

Tomás, nuestro hijo de ocho años, estaba desconsolado; nunca lo habíamos visto tan afligido. Se acercaba la Navidad y todo hacía presagiar que la íbamos a pasar con mucha tristeza.

Budy se había alejado mucho de su casa. Cuando se le pasó el susto intentó regresar, pero caminó en sentido contrario y terminó en un mundo desconocido y ruidoso: el centro de la ciudad.

Durante días y noches corrió desesperadamente buscando a su familia, hasta que el desaliento y el cansancio detuvieron su atolondrada carrera. Su mirada vivaz se apagó y su abundante pelaje pronto fue una maraña sucia y enredada.

Un día que llovía copiosamente el pobre Budy trotaba pegado a la pared buscando algún recoveco donde guarecerse cuando se topó con un cachorro flaco, asustado y empapado que se detuvo y lo miró con curiosidad. El debilucho Pulquete, al que ya se le contaban las costillas, y Budy, corpulento y greñudo, se quedaron estáticos bajo el aguacero observándose con expectación.

Pulquete, con sus orejitas paradas, movió tímidamente la cola y Budy se le acercó para olerlo. Enseguida se hicieron amigos y ya no se separaron en su vagabundeo. El pequeño seguía al grande a todas partes, buscaban comida juntos y en las noches frescas se daban calor pegaditos uno con otro. Budy seguía con su idea fija de localizar su casa, obsesión que sólo olvidaba temporalmente cuando se divertía con Pulquete en el novedoso juego de perseguir automóviles y motocicletas

Llegó el 24 de diciembre. Hacía ya catorce días que se había perdido nuestro perro, y desde entonces Tomás casi no hablaba ni se interesaba por nada. Mi esposa y yo, preocupados por tan prolongada apatía, decidimos llevarlo a la Misa del gallo que se celebraba a las diez de la noche en la Catedral. No sé cómo se nos ocurrió la idea, pero esa misma noche, al terminar la ceremonia, cuando todavía vibraban en nuestros corazones los conmovedores acordes de Gloria in excelsis y los ángeles aún aleteaban sobre nuestras cabezas, comprobamos que aquella decisión no había sido casual.

Al salir de la iglesia fuimos rápidamente hasta nuestro auto para llegar cuanto antes a casa, donde nos esperaban los abuelos de Tomás para la cena de Nochebuena. Iba a poner el motor en marcha cuando Tomás sale de su mutismo y me dice:

-Mirá, papá, ese pobre perrito, ¡qué flaco está!

Me fijo donde me señalaba mi hijo y reconozco al cachorro por su inconfundible mancha negra.

-Pero si es Pulquete, el cachorro que tiraron a la calle desde un auto. ¿Te acordás que te lo conté? Fue antes de que se perdiera Budy. Qué desmejorado está, pobrecito.

-Mirá como nos mira, papi, como si quisiera venir con nosotros...

-No, Tomás..., no podemos...

-Quiero acariciarlo papá, por favor... ¡Vení, perrito...!

Yo sabía que si Tomás acariciaba a ese cachorro tendríamos que llevarlo a nuestra casa.

¿Pero cómo negarle ese gesto de ternura después de lo que había sufrido? Nos miramos resignadamente con mi esposa y asentimos en silencio.

Tomás bajó del auto y acarició efusivamente al cachorro. Había que verlo a Pulquete, estaba loco de alegría, movía la cola, le lamía las manos y la cara, saltaba feliz, se tiraba panza arriba.

-Papá, está hambriento, tenemos que darle de comer.

-Está bien, subilo al auto que lo llevamos a casa.

Tomás, entusiasmado y feliz como no lo habíamos visto en semanas, trató de inducir al cachorro a que subiera. Pero para nuestra sorpresa, Pulquete no avanzó. Se quedó parado expectante. Tomás insistió en llamarlo pero el perrito, lejos de subir al auto amagó con alejarse. Se puso a ladrarnos como si quisiera decirnos algo. Se alejaba de nosotros, se detenía y nos ladraba. Su comportamiento era muy extraño. Tomás intentó agarrarlo pero apenas se le acercó, el cachorro corrió para volver a detenerse y a ladrarnos varios metros

adelante. Tomás quería ir tras él, pero se nos hacía tarde y no podíamos perder tiempo en los caprichos de un perro desconocido.

-Dejalo, Tomás, es muy tarde, vamos a casa.

-¡Papá, por favor...!

-Subí, vamos a casa, está claro que no quiere venir con nosotros.

Puse el motor en marcha y Tomás se largó a llorar. Pulquete había vuelto a correr y ya había doblado la esquina.

Lo que sucedió a continuación todavía hoy nos emociona y no lo vamos a olvidar en nuestras vidas. El motor del auto se detuvo inexplicablemente y no hubo forma de hacerlo arrancar. "¿Qué pasó?, me dije inquieto, ¿Se habrá ahogado? Sí, seguro...; bueno, paciencia, tendremos que esperar un poco". Tomás lloraba en el asiento trasero y adiviné que mi esposa, con la cara vuelta hacia la ventanilla, también dejaba correr algunas lágrimas silenciosas.

En eso oímos unos ladridos familiares.

-¡Papá, papá! -gritó Tomás- ¡Mirá! ¿Ese no es Budy?

-¡Por el amor de Dios, sí, es Budy, es Budy! -exclamó mi esposa

¡Era Budy! Había reconocido el automóvil y venía corriendo desde la esquina a toda velocidad. Y detrás de él, ladrando entusiasmado, venía Pulquete, el cachorro abandonado que no quiso abandonar a su amigo y por eso había tratado de hacernos entender que debíamos esperarlo hasta que él lo fuera a buscar.

Y adivinen qué pasó cuando los dos perros estaban ya dentro de nuestro automóvil y todos llorábamos y reíamos de alegría: el motor arrancó apenas giré la llave. Fue como si algún ángel de Navidad, un ángel tal vez de los animales, ¿por qué no?, hubiera dicho con una dulce sonrisa: "Bueno, ahora sí se pueden ir todos a casa a celebrar la Nochebuena"

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

¿Qué regalarías para esta Navidad?

A todos, una segunda oportunidad

A los que reconocen su error, para enmendarlo

A los que siempre dejaron pasar las oportunidades, para que se animen

A los que no supieron amar, para que puedan dar rienda suelta a su pasión escondida

A los de malas actitudes, para que las cambien

A los que son padres, para que puedan disfrutar de sus hijos

A los hijos, para que no cometan los mismos errores que sus padres
A ese amigo del alma, para que se arrepienta de haberte fallado
A ese compañero/a de la vida, para que pueda enterarse que lo/la amo
A ese ex, para que pueda saber lo que duele
A ese amor prohibido, para que deje de serlo
A la humanidad entera, para que abra los ojos, mire hacia atrás, y vea sus miserias
En fin, infinidades de cosas podríamos hacer si tuviéramos una segunda oportunidad, ó
¿Acaso no tenemos nada de que arrepentirnos, algo que corregir, algo que quisiéramos haber evitado? Cambiar las cosas está en nuestra naturaleza
Cambiamos el auto, la casa, el trabajo,... nuestra vida es una sucesión de cambios,... el problema es, si el cambio lo hacemos bien con nosotros mismos...y sustancialmente.
¡¡¡Por eso, para esta Navidad regala y regálate una segunda oportunidad!!!

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Frasquito y sueño de Navidad

Era una tibia madrugada de diciembre. El sol se disparaba contra los ventanales del viejo edificio de la Calle Real. Estrellitas de colores chispeaban sobre el dorado rostro de Frasquito, el antiguo ascensor de elegantes rejas y rectangular ojo de vidrio.

Como todas las mañanas, don Juan abrió el sobretodo metálico del elevador:

– Buenos días –dijo el anciano celador.
– Muy buenos, don Juan. Y usted, ¿cómo amaneció? –preguntó Frasquito alargándose de rejas. Así se desperezaba.
– Regular, hijo, regular. A mi edad es difícil estar bien –aclaró colocándose su gorra azul de terciopelo.

Aún con sueño, Frasquito comenzó a trabajar. Sabía de memoria su recorrido matinal: repartir aseadoras por las oficinas. Luego bajar y subir una y mil veces repleto de personas. Frasquito siempre cumplió su labor. Don Juan, quien envejeció con Frasquito, hacía revisar cada mes el complicado mecanismo del elevador. En treinta años su corazón, un potente y bien engrasado motor alemán, jamás falló.

En cambio, los colegas de Frasquito –tres orgullosos ascensores de cierre automático, controles electrónicos y velocidades de miedo– se dañaban a menudo. Unas veces se trababan sus puertas. Otras, saltaban enloquecidos como carros chocones. Cuando los frenaban, los pasajeros descendían con los pelos parados como si hubiesen visto a Satanás. Algunos salían con las corbatas en los bigotes. O con las gafas en la nuca. Las damas perdían sus tacones o bajaban con los collares bailándoles alrededor de las orejas.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

Al verlos, Frasquito se agarraba la barriga para no soltar la carcajada. Luego recogía a los pasajeros ya recuperados, quienes no cesaban de elogiarlo:

- Este sí es un ascensor decente –comentaba una viejita.
- Yo he dicho que los aparatos de antes eran mejores que los de ahora –sentenciaba un señor.
- ¡En mi vida vuelvo a subirme en estos mugrosos bichos! –gritaba furiosa una señora calva que no había podido reacomodar su peluca.

Frasquito escuchaba los comentarios. Su ojo de vidrio sudaba. Su nariz, un grueso mango de acero dorado, brillaba de tanto ajeteo. Esa mañana de aguinaldos, sin embargo, todo transcurría normalmente. Cada elevador trabajaba sin sobresaltos. De pronto, a eso del mediodía, cuando Frasquito pasaba delante del piso 13, sintió una terrible picada en el estómago. Uno de sus piñones chilló como frenada de locomotora.

Don Juan lo apagó al instante. Preocupado por Frasquito corrió a la administración. Como no soportaba la velocidad ni el encierro de los otros ascensores, bajó las escaleras de emergencia a todo lo que daban sus piernas y pulmones. Ya en la oficina, fatigado, contó lo que había escuchado en las entrañas de Frasquito. Al rato, don Juan regresó acompañando al elevador. Un ingeniero, el administrador y un técnico con un estuche metálico penetraron en su cabina.

Frasquito sintió cosquillas. Una pistola eléctrica hizo brincar sus tornillos. Hizo esfuerzos para no reír. Experimentó escalofrío. Lo desnudaron quitando las láminas de su espalda. Por la abertura pasaron el ingeniero y su asistente. Al momento, mientras Frasquito y don Juan se miraban de reojo, volvieron los expertos:

- Sacó la mano, doctor –afirmó el técnico– el eje sinfín está roto.
 - ¿Verdad? –indagó incrédulo el administrador mirando al ingeniero.
 - ¿Sí? Y lo peor es que esa pieza ya no la fabrican –puntualizó el profesional.
 - ¿Y qué podemos hacer? –le insistió pensativo.
 - Lo que siempre te dije. Modernizar este aparato.
 - Ya parece un ejemplar de museo –se rió ante la estructura de Frasquito.
- Apesadumbrado, don Juan salió del elevador lleno de presentimientos.

Así pasó. En vísperas de navidad, Frasquito amaneció estrenando de todo. Inclusive ascensorista. Don Juan fue jubilado. Y Frasquito convertido en un velocísimo aparato.

Sus puertas, de doble hoja, cerraban herméticamente. Su acogedora cabina era ahora un cuarto frío y sin espejos. Frasquito no vio más hacia el exterior. Perdió su amplio ojo de vidrio. Y sus rejas doradas desaparecieron. Ya ni pereza pudo hacer. A las seis de la mañana un control computarizado lo lanzó al abismo de 15 pisos a una celeridad endemoniada. A las 10:00 p.m., agotado, lo apagaron. Todo el día transportó cajas.

Ninguna persona. Esa noche la pasó en vela. Y amaneció profundamente triste: añoraba los bombillos de colores que le colgaban en Navidad. El oloroso baño de espuma que

recibía por esa época. Las cosquillas que lo hacían brincar cuando le secaban las rejas. La alfombra nueva con su nombre grabado, con la que despertaba cada 24 de diciembre. Recordó el juego de aguinaldo entre secretarias y ejecutivos. La alegría de la gente. Los paquetetotes de regalos que le gustaba cargar. Los destellos de pólvora que siempre deseó compartir con los niños en las calles y que contemplaba con don Juan desde la azotea.

Al evocar a su viejo amigo desfalleció. La fuerza lo abandonó.

– ¿Qué diablos pasa? ¡Aparato mañoso! –gritó el joven ascensorista con un tono que ofendió a Frasquito. De inmediato lo dejó en el piso 6°. Allí permaneció todo el día. A oscuras. Pensativo.

Al caer la tarde, el edificio se alumbró. Frasquito estaba muy animado. Había planeado algo que le devolvió los bríos. Pasadas las 11 subió el operario con un señor.

– ¿Entonces qué, compadre, le hacemos el intento? Todavía queda un rato para la medianoche –precisó mirando el reloj.

– ¡Préndalo de una, hermano! Quiero sentir la potencia –pidió el nuevo técnico. Frasquito arrancó a toda máquina rumbo a la terraza. Descendió con igual ímpetu. Funcionó a la perfección para impedir que lo apagaran.

– No le veo nada raro –comentó el experto.

– Sííí... No sé qué pasó. Le juro que no funcionó esta mañana –confesó el muchacho mirando con sorpresa a su amigo.

– ¿No serían las cervecitas de anoche? –repuso burlón su compañero ofreciéndole un cigarrillo. Finalmente rieron. Salieron del elevador. Se dirigieron al portón. Frasquito quedó abierto de par en par, iluminado y a pocos metros de la calle real. ¡Pum pum pum! retumbaban afuera los cohetes. Miles de luces dibujaban un ballet de figuras en el aire. Rombos de colores ascendían por el cielo como pajaritos de fuego. ¡Pi pi pi! las bocinas de los carros pitaban. Las sirenas de las fábricas silbaban. Todo era algarabía en la ciudad.

Frasquito no soportó más la soledad del edificio. Ni la nostalgia por don Juan. Quería participar de la fiesta. Recorrer las calles iluminadas. Ver las sonrisas de los niños. Escuchar la música. Observar la noche coloreada. Ser libre. Las roncadas y monumentales campanas de la catedral iniciaron el concierto. Luego, todos los templos lanzaron al vuelo sus voces de bronce. De repente, la construcción comenzó a vibrar. Temblaba como gelatina. Parecía presa de un terremoto. Las luces del barrio se apagaron de golpe y Frasquito absorbió una inmensa energía en su cuerpo. Resplandecía.

Cuando los relojes iniciaron el conteo regresivo, Frasquito soltó un ruido ensordecedor. Cerró sus puertas con fuerza. Se meció impetuoso y despegó en medio del humo a velocidad supersónica. Su cuerpo, ahora incandescente, atravesó en un instante los 15 pisos. La claraboya de la azotea saltó en mil pedazos. Libre y pleno de felicidad, Frasquito remontó el firmamento al filo de las 12. Había llegado la Navidad. Y nacido un nuevo Frasquito. La fricción del ascenso y el frío de la atmósfera lo transformaron.

Perdió sus esquinas y sus paredes se hicieron transparentes. Su interior despedía una rojiza luminosidad. Semejaba un barrilito de mermelada de frambuesa.

Desde aquella noche, Frasquito olvidó para siempre la tristeza. Hoy es un mensajero de paz y alegría.

Todos los niños del mundo son sus amigos. Cuando lo divisan en los cielos azules y despejados, Frasquito los saluda soltando destellos a los cuatro vientos.

Querido lector, ¡deja ya estas páginas! Nuestro amigo no demora. ¡Rápido, corre a la ventana! ¡Saluda a Frasquito! Verás como te sonrío.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Noche de Diciembre

Por Rafael Pombo

Noche como ésta, y contemplada a solas
no la puede sufrir mi corazón:
da un dolor de hermosura irresistible,
un miedo profundísimo de Dios.

Ven a partir conmigo lo que siento,
esto que abrumador desborda en mí:
ven a hacerme finito lo infinito
y a encarnar el angélico festín.

¡Mira ese cielo!... Es demasiado cielo
para el ojo de insecto de un mortal;
refléjame en tus ojos un fragmento
que yo alcance a medir y a sondear.

Un cielo que responda a mi delirio
sin hacerme sentir mi pequeñez;
un cielo mío, que me esté mirando,
y que tan sólo a mí mirando esté.

Esas estrellas..., ¡ay, brillan tan lejos!
Con tus pupilas tráemelas aquí
donde yo pueda en mi avidez tocarlas
y aspirar su seráfico elixir.

Hay un silencio en esta inmensa noche
que no es silencio; es místico disfraz
de un concierto inmortal. Por escucharlo
mudo como la muerte el orbe está.
Déjame oírlo, enamorada mía,
a través de tu ardiente corazón;
sólo el amor transporta a nuestro mundo
las notas de la música de Dios.

El es la clave de la ciencia eterna,
la invisible cadena creatriz
que une al hombre con Dios y con sus obras,
y Adán a Cristo, y el principio al fin.

De aquel hervor de luz está manando
el rocío del alma. Ebrio de amor
y de delicia tiembla el firmamento;
inunda el Creador la Creación.

¡Sí; el Creador!, cuya grandeza misma
es la que nos impide verlo aquí;
pero que, como atmósfera de gracia,
se hace, entre tanto, por doquier sentir...

Déjame unir mis labios a tus labios,
une a tu corazón mi corazón;
doblemos nuestro ser para que alcance
a recoger la bendición de Dios.

Todo, la gota como el orbe, cabe
en su grandeza y su bondad. Tal vez
pensó en nosotros cuando abrió esta noche,
como a las turbas su palacio un rey.
¡Danza gloriosa de almas y de estrellas!
¡Banquete de inmortales! Y pues ya
por su largueza en él nos encontramos,
de amor y vida en el cenit fugaz.

ven a partir conmigo lo que siento,
esto que abrumador desborda en mí;
ven a hacerme finito lo infinito
y a encarnar el angélico festín.

¿Qué perdió Adán perdiendo el paraíso,
si ese azul firmamento le quedó
y una mujer, compendio de Natura,

donde saborear la obra de Dios?.

¡Tú y Dios me disputáis en este instante!
Fúndanse nuestras almas, y en audaz
rpto de adoración, volemso juntos
de nuestro amor al santo manantial.

Te abrazaré, como a la tierra el cielo,
en consorcio sagrado; oirás de mí
lo que oídos mortales nunca oyeron,
lo que habla el serafín al serafín.
Y entonces esta angustia de hermosura,
este miedo de Dios que al hombre da
el sentirse tan cerca, tendrá un nombre,
y eterno entre los dos: ¡felicidad!

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

El Último Sueño de un Viejo Roble

Había una vez en el bosque, sobre los acantilados que daban al mar, un vetusto roble, que tenía exactamente trescientos sesenta y cinco años. Pero todo este tiempo, para el árbol no significaba más que lo que significan otros tantos días para nosotros, los hombres.

Nosotros velamos de día, dormimos de noche y entonces tenemos nuestros sueños. La cosa es distinta con el árbol, pues vela por espacio de tres estaciones, y sólo en invierno queda sumido en sueño; el invierno es su tiempo de descanso, es su noche tras el largo día formado por la primavera, el verano y el otoño.

Aquel insecto que apenas vive veinticuatro horas y que llamamos efímera, más de un caluroso día de verano había estado bailando, viviendo, flotando y disfrutando en torno a su copa. Después, el pobre animalito descansaba en silenciosa bienaventuranza sobre una de las verdes hojas de roble, y entonces el árbol le decía siempre:

- ¡Pobre pequeña! Tu vida entera dura sólo un momento. ¡Qué breve! Es un caso bien triste.

- ¿Triste? - respondía invariablemente la efímera -. ¿Qué quieres decir? Todo es tan luminoso y claro, tan cálido y magnífico, y yo me siento tan contenta...

- Pero sólo un día y todo terminó.

- ¿Terminó? - replicaba la efímera -. ¿Qué es lo que termina? ¿Has terminado tú, acaso?

Historias y Reflexiones para esta Navidad

- No, yo vivo miles y miles de tus días, y mi día abarca estaciones enteras. Es un tiempo tan largo, que tú no puedes calcularlo.

- No te comprendo, la verdad. Tú tienes millares de mis días, pero yo tengo millares de instantes para sentirme contenta y feliz. ¿Termina acaso toda esa magnificencia del mundo, cuando tú mueres?

- No - decía el roble -. Continúa más tiempo, un tiempo infinitamente más largo del que puedo imaginar.

- Entonces nuestra existencia es igual de larga, sólo que la contamos de modo diferente.

Y la efímera danzaba y se mecía en el aire, satisfecha de sus alas sutiles y primorosas, que parecían hechas de tul y terciopelo. Gozaba del aire cálido, impregnado del aroma de los campos de trébol y de las rosas silvestres, las lilas y la madre selva, para no hablar ya de la aspérula, las primaveras y la menta rizada. Tan intenso era el aroma, que la efímera sentía como una ligera embriaguez. El día era largo y espléndido, saturado de alegría y de aire suave, y en cuanto el sol se ponía, el insecto se sentía invadido de un agradable cansancio, producido por tanto gozar. Las alas se resistían a sostenerlo, y, casi sin darse cuenta, se deslizaba por el tallo de hierba, blando y ondeante, agachaba la cabeza como sólo él sabe hacerlo, y se quedaba alegremente dormido. Ésta era su muerte.

- ¡Pobre, pobre efímera! - exclamaba el roble -. ¡Qué vida tan breve!

Y cada día se repetía la misma danza, el mismo coloquio, la misma respuesta y el mismo desvanecerse en el sueño de la muerte. Repetíase en todas las generaciones de las efímeras, y todas se mostraban igualmente felices y contentas.

El roble había estado en vela durante toda su mañana primaveral, su mediodía estival y su ocaso otoñal. Llegaba ahora el período del sueño, su noche. Acercábase el invierno.

Venían ya las tempestades, cantando: «¡Buenas noches, buenas noches! ¡Cayó una hoja, cayó una hoja! ¡Cosechamos, cosechamos! Vete a acostar. Te cantaremos en tu sueño, te sacudiremos, pero, ¿verdad que eso le hace bien a las viejas ramas? Crujen de puro placer. ¡Duerme dulcemente, duerme dulcemente! Es tu noche número trescientos sesenta y cinco; en realidad, eres docemesino. ¡Duerme dulcemente! La nube verterá nieve sobre ti. Te hará de sábana, una caliente manta que te envolverá los pies. Duerme dulcemente, y sueña».

Y el roble se quedó despojado de todo su follaje, dispuesto a entregarse a su prolongado sueño invernal y soñar; a soñar siempre con las cosas vividas, exactamente como en los sueños de los humanos.

También él había sido pequeño. Su cuna había sido una bellota. Según el cómputo de los hombres, se hallaba ahora en su cuarto siglo. Era el roble más corpulento y hermoso del

bosque; su copa rebasaba todos los demás árboles, y era visible desde muy adentro del mar, sirviendo a los marinos de punto de referencia. No pensaba él en los muchos ojos que lo buscaban. En lo más alto de su verde copa instalaban su nido las palomas torcaces, y el cuclillo gritaba su nombre. En otoño, cuando las hojas parecían láminas de cobre forjado, acudían las aves de paso y descansaban en ella antes de emprender el vuelo a través del mar. Mas ahora había llegado el invierno; el árbol estaba sin hojas, y quedaban al desnudo los ángulos y sinuosidades que formaban sus ramas. Venían las cornejas y los grajos a posarse a bandadas sobre él, charlando acerca de los duros tiempos que empezaban y de lo difícil que resultaría procurarse la pitanza.

Fue precisamente en los días santos de las Navidades cuando el roble tuvo su sueño más bello. Vais a oírlo.

El árbol se daba perfecta cuenta de que era tiempo de fiesta. Creía oír en derredor el tañido de las campanas de las iglesias, y se sentía como en un espléndido día de verano, suave y caliente. Verde y lozana extendía su poderosa copa, los rayos del sol jugueteaban entre sus hojas y ramas, el aire estaba impregnado del aroma de hierbas y matas olorosas. Pintadas mariposas jugaban a la gallinita ciega, y las efímeras danzaban como si todo hubiese sido creado sólo para que ellas pudiesen bailar y alegrarse. Todo lo que el árbol había vivido y visto en el curso de sus años desfilaba ante él como un festivo cortejo. Veía cabalgar a través del bosque gentiles ombres y damas de tiempos remotos, con plumas en el sombrero y halcones en la mano. Resonaba el cuerno de caza, y ladraban los perros. Vio luego soldados enemigos con armas relucientes y uniformes abigarrados, con lanzas y alabardas, que levantaban, sus tiendas y volvían a plegarlas; ardían fuegos de vivaque, y bajo las amplias ramas del árbol los hombres cantaban y dormían. Vio felices parejas de enamorados que se encontraban a la luz de la luna y entallaban en la verdosa corteza las iniciales de sus nombres. Un día - habían transcurrido ya muchos años -, unos alegres estudiantes colgaron una cítara y un arpa eólica de las ramas del roble; y he aquí que ahora reaparecían y sonaban melodiosamente. Las palomas torcaces arrullaban como si quisieran contar lo que sentía el árbol, y el cuclillo pregonaba a voz en grito los días de verano que le quedaban aún de vida.

Fue como si un nuevo flujo de vida recorriese el árbol, desde las últimas fibras de la raíz hasta las ramas más altas y las hojas. Sintió el roble como si se estirara y extendiera. Por las raíces notaba, que también bajo tierra hay vida y calor. Sentía crecer su fuerza, crecía sin cesar. Elevábase el tronco continuamente, ganando altura por momentos. La copa se hacía más densa, ensanchándose y subiendo. Y cuanto más crecía el árbol, tanto mayor era su sensación de bienestar y su anhelo, impregnado de felicidad indecible, de seguir elevándose hasta llegar al sol resplandeciente y ardoroso.

Rebasaba ya en mucho las nubes, que desfilaban por debajo de él cual oscuras bandadas de aves migratorias o de blancos cisnes.

Y cada una de las hojas del árbol estaba dotada de vista, como, si tuviese un ojo capaz de ver. Las estrellas se hicieron visibles de día, tal eran de grandes y brillantes; cada una

Historias y Reflexiones para esta Navidad

lucía como un par de ojos, unos ojos muy dulces y límpidos. Recordaban queridos ojos conocidos, ojos de niños, de enamorados, cuándo se encontraban bajo el árbol.

Eran momentos de infinita felicidad, y, sin embargo, en medio de su ventura sintió el roble un vivo afán de que todos los restantes árboles del bosque, matas, hierbas y flores, pudieran elevarse con él, para disfrutar también de aquel esplendor y de aquel gozo. Entre tanta magnificencia, una cosa faltaba a la felicidad del poderoso roble: no poder compartir su dicha con todos, grandes y pequeños, y este sentimiento hacía vibrar las ramas y las hojas con tanta intensidad como un pecho humano.

Movióse la copa del árbol como si buscara algo, como si algo le faltara. Miró atrás, y la fragancia de la aspérula y la aún más intensa de la madreselva y la violeta, subieron hasta ella; y el roble creyó, oír la llamada del cuclillo.

Y he aquí que empezaron a destacar por entre las nubes las verdes cimas del bosque, y el roble vio cómo crecían los demás árboles hasta alcanzar su misma altura. Las hierbas y matas subían también; algunas se desprendían de las raíces, para encaramarse más rápidamente. El abedul fue el más ligero; cual blanco rayo proyectó a lo alto su esbelto tronco, mientras las ramas se agitaban como un tul verde o como banderas. Todo el bosque crecía, incluso la caña de pardas hojas, y las aves seguían cantando, y en el tallito que ondeaba a modo de una verde cinta de seda, el saltamontes jugaba con el ala posada sobre la pata. Zumbaban los abejorros y las abejas, cada pájaro entonaba su canción, y todo era melodía y regocijo en las regiones del éter.

- Pero también deberían participar la florecilla del agua - dijo el roble -, y la campanilla azul, y la diminuta margarita -. Sí, el roble deseaba que todos, hasta los más humildes, pudiesen tomar parte en la fiesta.

- ¡Aquí estamos, aquí estamos! - se oyó gritar.

- Pero la hermosa aspérula del último verano (el año pasador hubo aquí una verdadera alfombra de lirios de los valles) y el manzano, silvestre, ¡tan hermoso como era!, y toda la magnificencia de años atrás... ¡qué lástima que haya muerto todo, y no puedan gozar con nosotros!

- ¡Aquí estamos, aquí estamos! - oyóse el coro, más alto aún que antes. Parecía como si se hubiesen adelantado en su vuelo.

- ¡Qué hermoso! - exclamó, entusiasmado, el viejo roble ¡Los tengo a todos, grandes y chicos, no falta ni uno! ¿Cómo es posible tanta dicha?

- En el reino de Dios todo es posible - oyóse una voz.

Y el árbol, que seguía creciendo incesantemente, sintió que las raíces se soltaban de la tierra.

- Esto es lo mejor de todo - exclamó el árbol -. Ya no me sujeta nada allá abajo. Ya puedo elevarme hasta el infinito en la luz y la gloria. Y me rodean todos los que quiero, chicos y grandes.

- ¡Todos!

Éste fue el sueño del roble; y mientras soñaba, una furiosa tempestad se desencadenó por mar y tierra en la santa noche de Navidad. El océano lanzaba terribles olas contra la orilla, crujió el árbol y fue arrancado de raíz, precisamente mientras soñaba que sus raíces se desprendían del suelo. Sus trescientos sesenta y cinco años no representaban ya más que el día de la efímera.

La mañana de Navidad, cuando volvió a salir el sol, la tempestad se había calmado. Todas las campanas doblaban en son de fiesta, y de todas las chimeneas, hasta la del jornalero, que era la más pequeña y humilde, elevábase el humo azulado, como del altar en un sacrificio de acción de gracias. El mar se fue también calmando progresivamente, y en un gran buque que aquella noche había tenido que capear el temporal, fueron izados los gallardetes.

- ¡No está el árbol, el viejo roble que nos señalaba la tierra! - decían los marinos -. Ha sido abatido en esta noche tempestuosa. ¿Quién va a sustituirlo? Nadie podrá hacerlo.

Tal fue el panegírico, breve pero efusivo, que se dedicó al árbol, el cual yacía tendido en la orilla, bajo un manto de nieve. Y sobre él resonaba un solemne coro procedente del barco, una canción evocadora de la alegría navideña y de la redención del alma humana por Cristo, y de la vida eterna:

Regocíjate, grey cristiana.
Vamos ya a bajar anclas.
Nuestra alegría es sin par.
¡Aleluya, aleluya!

Así decía el himno religioso, y todos los tripulantes se sentían elevados a su manera por el canto y la oración, como el viejo roble en su último sueño, el sueño más bello de su Nochebuena.

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Un pequeño y su madre

Emilia Pardo Bazán

Érase un niño enfermizo. Su madre, opulentísima señora, andaba loca con el afán de darle salud, y el médico, fijándose en la índole del padecimiento del niño, decía que, principalmente, dimanaba de una especie de atonía o insensibilidad, efecto de que su sistema nervioso se encontraba como amodorrado o dormido, y no comunicaba al organismo las reacciones vitales y al espíritu la fuerza necesaria. Es decir, que Fernandito, que así le llamaba vivía a medias, como vegetando, lo cual es sobrado para una planta, pero insuficiente para un hombre.

Trataba la madre de despertar por todos los medios la sensibilidad, la imaginación y la vida psíquica de su hijo, sin lograrlo. Le paseaba, le adivinaba los gustos, le traía juguetes y golosinas, y el chico tomaba los juguetes un momento y luego los dejaba caer, con indiferencia, a los pies del sillón en que permanecía lánguidamente sentado meses y meses.

Las golosinas, las probaba apenas; con alguna, sin embargo, se encaprichaba, y era un arma de doble filo, porque le alteraba el estómago, y como el ejercicio y el movimiento no contrastaban los efectos de la glotonería infantil, las indigestiones ponían su vida en peligro.

El desfile de doctores consultados trajo el desfile de sistemas: el pobre Fernandito fue campo de experimentación de los más diversos. Desde el agua fría con sus chorros glaciales, hasta la electricidad, con sus picaduritas de aguja, mordicantes y finas, todo lo hubo de sufrir el cuerpo de Fernando, sometido, por el amor, a torturas que no inventa el odio. Se le paseó de balneario en balneario; se le arrastró de sanatorio en sanatorio, de playa en playa, de altitud en altitud; se le sometió a rigores espartanos, y, como quiera que la ciencia afirmaba que a veces el dolor despierta y fortifica, se llegó al extremo de azotarle con unas varitas delgadas, iguales a las que sirven para batir la crema, mientras la madre, que no quería presenciar la crueldad, se refugiaba en un cuarto interior, tapándose con algodón los oídos...

Fuera no acabar nunca referir cuanto se ensayó y practicó con el desgraciado atónico. El catálogo demostraría hasta qué punto la ciencia contemporánea posee recursos y es rica en ideas y combinaciones. Todos los reinos de la naturaleza; todas las fuerzas mal definidas y estudiadas que al través de ella circulan, concurrieron a la obra de la intentada curación. El novísimo radium, substancia maravillosa, también salió a relucir, y nada. Fernandito, no cabe duda, mejoraba físicamente; su cuerpo, adolescente ya, se fortalecía; pero continuaba dando el mismo lastimoso espectáculo de un pensamiento ausente, de una voluntad muerta, de una conciencia entumecida, de un espíritu yerto. Los músculos obedecían al conjunto de la sabiduría humana; los nervios resistían. Y, para decirlo en estilo vulgar, Fernandito seguía tan tontaina como antes.

Pero el amor -que era la madre- no se cansaba, no se daba por vencido. Cuando, por último, los médicos, fatigados, declararon que, por su parte, estando conseguido lo posible, lo principal, lo demás era, cuestión que había que confiar a la naturaleza misma, la cual se reserva, en sus santuarios, mucho que no ha entregado aún a la investigación humana, aunque es de suponer que un día no tendrá más remedio que entregarlo, la

madre, oída la sentencia, irguióse encendida, arbolada de inspiración... Y juntando las manos, mirando al cielo, imploró como si exigiese:

-Tú, Señor, que me has permitido dar a mi hijo la carne, permite también que le dé el alma.

Desde el punto mismo, dedicóse la madre a un trabajo muy activo, muy reservado, que se verificaba en habitaciones completamente independientes de aquéllas en que ella y su hijo vivían. Toda clase de operarios entraban y salían sin cesar, y mujeres jóvenes, envueltas en pieles baratas, arrebujadas en largos abrigos de paño, se reunían allí al anochecer; de las tiendas venían géneros: una instalación complicadísima se realizaba, en una sala que solía estar cerrada siempre, y a las altas horas, el vecindario creía escuchar cantos, músicas, que contrastaban con el silencio habitual de una morada que las tristezas de la enfermedad de Fernandito habían asombrado y entenebrecido siempre. Ocurría esto en los últimos meses del año, cuando iba aproximándose la Navidad.

Y la tarde del día 24, el niño, más amodorrado que nunca, se quejaba mansamente de frío, a pesar de la gran chimenea, en que ardía alta hoguera de leña seca, cuyas llamas regocijaban y derramaban suave calor. Su madre extendió por los hombros de la criatura un mullido abrigo de pieles, y sonriéndole, hablándole mimosa, le advirtió:

-¿No sabes? El Niño Dios ha venido a verte.

Pero estas palabras no despertaban en Fernandito idea alguna. No las entendía. Las repetía lentamente, como en sueños:

-Niño Dios, Niño Dios...

- Y los angelitos -insistía la madre-.

-Tengo frío -insistía el muchacho, temblando ligeramente.

Por un instante, sintió la madre que sus esperanzas se fundían, a semejanza de la nieve ligera que acababa de caer y que, suspensa del alero, iba a convertirse en agua y en lodo.

¡Su hijo no tendría alma jamás! ¡Cuanto se intentase, inútil! Y pensaba en lo que sería de ella aquella noche, después de fracasada la tentativa suprema... Porque fracasada la creía, y habría que renunciar a la lucha. Fundaría un convento de caritativas monjas, se retiraría a él y allí viviría con su enfermo sin alma, lejos del mundo, que se ríe de los pobres niños atontados...

Era la hora de acostar a Fernandito, y resignada y desesperada a la vez, fue ella misma, como siempre, a desnudarle y a someterle las sábanas. Quedose luego en vela al lado de la cama. Al acercarse la medianoche, envolviendo rápidamente al niño en pieles tibias, Descalzo y todo, lo arrebató como una presa, mientras le repetía al oído:

-¡Ven, que ha nacido Dios y te está llamando!

Cruzando un largo pasillo, abierta una puerta grande, entraron en un salón inmenso, todo oscuro, y al pronto, una luz sola, intensísima, ardió en el espacio, y sus fulgores astrales alumbraron un paisaje sorprendente. Montañas, valles, oasis de palmeras, y, a lo lejos, las torres de una ciudad magnífica, las cúpulas de sus templos, las extremidades de sus minaretes.

No era el Nacimiento de cartón, con figuras de barro: por los riachuelos corría agua, los árboles susurraban agitados por el viento, y verdadero césped, salpicado de flores, crecía en los praditos y orillaba las sendas. De pronto, empezó a poblarse el desierto panorama. En el fondo de sombría gruta aparecieron una hermosísima mujer y un hombre de plateada barba, que llevaba en la mano una vara de azucenas.

La mujer sostenía en sus brazos un Niño, que acostó en el establo. Al punto mismo, una música divina resonó. Eran cadencias de gozo, la risa fresca del villancico, que huele a tomillo de monte, entremezclada con un alboroto de gorjeos de pájaros, y los pastores empezaron a bajar de la montaña, cantando su tonadilla, llevando corderos, cestillos de frutas, tocando zampoñas, empujándose para llegar más presto. Con ellos, la estrella, majestuosa, caminaba.

Y, parados ante la gruta, se postraron, estirando las jetas, con curiosidad simple y santa, con las manos alzadas, enclavijados los dedos callosos, y la madre de Fernandito, que no apartaba la vista de su hijo, creyó morir, de la impresión que recibía. El muchacho se había incorporado, lentamente, y también en su mirada, como en la de los rústicos cabreros, brillaba la chispa de la curiosidad, llena de ingenua bobería, pero ¡tan humana!, ¡tan humana!

Entre el silencio repentino de la adoración, se alzó un canto celeste, sostenido por los registros más delicados del magnífico órgano eléctrico, oculto en la sala contigua. Eran muchas voces, afinadísimas, unidas en masa coral, elevando el himno, triunfal, glorioso:

«¡Aleluya, aleluya! ¡Nos ha nacido un niño! ¡Aleluya!».

Cogió la madre a su hijo, va con alma, y apretándolo contra un corazón que saltaba de miedo y de ilusión ardorosa, entró con él por los senderos del paisaje. Corría, como si en tal momento no se pudiese perder minuto. Corría, porque Fernando, al oír el cántico, había murmurado bajito:

-¡Qué precioso, mamá! ¡Qué precioso!

Y, ya al pie de la gruta, haciendo apartarse a los pastores con una seña, la madre se arrodilló, y señalando al Niño dormido sobre la paja, murmuró anhelosa, en súplica ardiente:

-¡Bésalo, Fernando!

Historias y Reflexiones para esta Navidad

El muchacho dudó un segundo, como si no entendiese. Al cabo, entre un temblor de vida, con un llanto salvador, con un grito, en que su espíritu nacía, exclamó:

-¡Qué bonito! ¡Qué bonito es el Nene!

Y aplicó los labios a la faz de rosa que despierta, le sonreía...

[Volver a la Tabla de Contenidos](#)

Recuerda que puedes distribuir este libro a cuantas personas desees y por los medios que tú desees. Puedes imprimirlo o regalarlo como un producto gratis en tu sitio web o blog.

Para finalizar, te dejo una lista de sitios web que puede ayudarte en tu relación con Dios a través de recursos musicales, videos y material de bendición.

[Devocion Musical .com](#) (DevocionMusical.com): música cristiana independiente para escuchar y descargar gratis!

[Videos Cristianos Gratis.net](#) (VideosCristianosGratis.NET): Miles de videos para ver y descargar.

[Cancionero-Cristiano.com](#) (Cancionero-Cristiano.com): Podrás encontrar los acordes originales de conocidas producciones musicales. Además puedes escuchar muchas de las canciones en formato MIDI.

[Barra de Herramientas](#) (DevocionTotal.ourchurchtoolbar.com): Te permite escuchar muchísimas radios cristianas de todo el mundo desde la página que quieras, pues se instala en tu navegador. Disponible para Internet Explorer y FireFox.

[Ayuda-Espiritual.com](#) (Ayuda-Espiritual.com): Conserjería Cristiana y Ayuda Espiritual para tu vida.

[Sermones Cristianos.NET](#) (SermonesCristianos.NET): Descarga gratis sermones en audio mp3, predicaciones cristianas y estudios bíblicos. También predicaciones en video y escritas.

A continuación te dejo algunos sitios donde puedes encontrar más reflexiones e historias que te dejan pensando. ☺

[Reflexiones Cortas](#) (ReflexionesCortas.NET). Pensamientos, historias, consejos, fábulas y cuentos para reflexionar.

Historias y Reflexiones para esta Navidad

[Ánimo para Vivir](http://AnimoParaVivir.com) (AnimoParaVivir.com). Pensamientos de autoestima, frases de superación personal y mensajes de autoayuda.

[Presentaciones PowerPoint](http://Presentaciones-PowerPoint.com) (Presentaciones-PowerPoint.com). Reflexiones en power point, imágenes divertidas, chistes, reflexiones y videos de humor.

[Reflexiones PowerPoint](http://ReflexionesPowerPoint.com) (ReflexionesPowerPoint.com) Reflexiones, mensajes positivos, pensamientos y consejos, todos en formato Power Point.

Reflexiones-Cristianas.ORG (Reflexiones-Cristianas.ORG): Reflexiones y pensamientos cristianos, reflexiones de amor y motivación.